

LA ETNICIDAD DE LA *GENS GOTHORUM SPANIAE* Y SU ASOCIADA “CULTURA MATERIAL”, UN POSICIONAMIENTO Y UNA PROPUESTA COMO LÍNEA DE INVESTIGACIÓN

ETHICITY OF THE *GENS GOTHORUM SPANIAE*, AND ITS “MATERIAL CULTURE” ASSOCIATED, A POSITION AND A PROPOSAL AS RESEREACH’S WAY

Eusebio Dohijo
eusebio.dohijo@csic.es

Resumen

La renovación del concepto de etnogénesis está permitiendo dar nuevos enfoques a la relación entre determinados grupos humanos y la cultura material asociada con ellos. Nuestro sujeto de estudio, los tradicionalmente denominados visigodos, no quedan ajenos a polémicas controversias. Por este motivo para asentar nuestro posicionamiento con respecto a esta temática realizamos un análisis historiográfico que defiende como novedad la definición de la cultura y toréutica visigoda en la década de los años 20 del siglo pasado, unido a su instrumentalización sólo durante los años inmediatos tras concluir la Guerra Civil, hasta 1941 aproximadamente. A su vez, proponemos la aplicación del planteamiento generacional como eje cronológico, con la definición de marcadores, para superar antiguos esquemas como línea de investigación.

Palabras clave: *Etnicidad, etnogénesis, visigodos, historiografía, Península Ibérica.*

Summary

Renewing the concept of ethnogenesis is to allow new approaches to the relationship between human resource groups and the material culture associated with them. Our subjects of study, the traditionally denominated Visigoths, are not exempt of these polemic controversies. Therefore, in order to establish our position on that subject, we make a historiographical analysis that defends as novelty the definition of the Visigothic and Toreutic Culture in the decade of the 20s of the last century, together with its instrumentation, only in the immediate years afterwards the Civil War, until approximately 1941. As well, we propose the application of the generational approach as chronological axis, with the definition of “markers”, to overcome old schemes as a line of research.

Keywords: *Ethicity, ethnogenesis, visigoths, historiography, Iberian Peninsula.*

Introducción

A lo largo de los últimos decenios se han vuelto a impulsar los estudios relativos a la arqueología de los siglos V-VIII. Los sujetos de análisis abarcan distintas ramas de la disciplina. Los más llamativos han tratado la arquitectura y sus elementos ornamentales, debido principalmente a los trabajos que realizó Luis Caballero Zoreda (Caballero *et alii*, 2009 y 2016). También deben destacarse los estudios dedicados a determinados yacimientos emblemáticos, como Recópolis o la Vega Baja de Toledo, a tenor de las campañas de excavación que en estos enclaves se realizaron o se siguen realizando, de forma más o menos continuada; unido a los hallazgos alrededor de las actuales grandes urbes (como Madrid, Barcelona, Tarragona, etc.), provocados por el salvaje desarrollismo urbanístico parejo al “boom” especulativo inmobiliario, donde se descubrió y se destruyó gran cantidad de yacimientos. A su vez, la propia generalización de las Cartas Arqueológicas y de los sistemas administrativos de control y protección del Patrimonio Arqueológico pusieron en salvaguarda y difusión otra gran cantidad de hallazgos, bajo el amparo más estricto de la Ley 16/1985 de Patrimonio Histórico Español. A ello hay que unir el incremento de estudios monográficos de diferentes áreas geográficas o temáticas históricas; e incluso el reestudio de antiguas necrópolis, paralelo a la reordenación y reclasificación de la toréutica (iniciada por Gisela Ripoll con la necrópolis de Carpio de Tajo a finales de los años 80). Y sin duda se suma la introducción en nuestras vidas del mundo digital, lo que ha ocasionado un cúmulo ingente de información y de creación literaria, propiciando además una revolución en la propia metodología científica y en las herramientas de trabajo.

El producto de todo ello es un desigual conocimiento de los restos materiales, detectándose vacíos y a la vez creándose arduas polémicas sobre determinados elementos de dicha cultura material. Una de las discusiones más destacadas es la relativa a la arquitectura y escultura de este periodo, apareciendo diferentes corrientes interpretativas que han intentado reordenar todo el esquema preexistente y extender su explicación contextual al resto de los aspectos sociales.

Nuestra intención con el presente artículo es comenzar a definir algunas de las líneas de investigación, que son posibles de establecer dentro de una temática muy concreta: el estudio de los cementerios asociado directamente a la indumentaria utilizada durante esos siglos, y a las implicaciones sociales que pudiesen conllevar su empleo, tanto de carácter social (a qué estamento social pertenecieron), o cómo identificación poblacional; ya que algún elemento podría asociarse con la entrada constante de pueblos emigrantes. De esta manera, adquiere un protagonismo singular el proceso de formación, caracterización e identificación del pueblo visigodo. Es —en suma— intentar definir los rasgos de una población que tuvo un papel y una transcendencia política crucial en el momento de desintegración del poder político Imperial dentro de nuestra Península. En este proceso surgen concepciones sociales muy de moda en la actualidad, como son los términos relativos a la etnia y a la etnogénesis, que han experimentado una sustancial renovación. Ello permite considerar poblacionalmente diferentes a los godos de occidente del resto de pueblos germanos; rasgo de individualización ya señalado en las fuentes escritas, antes y después de la

creación del reino de Toledo. No olvidemos que la función de estas fuentes era legitimar el poder de las élites que formaban cada uno de los reinos asociados a cada pueblo germano (López Quiroga, 2008: 23). En el caso de los godos el papel de estas herramientas es crucial para establecer unas pautas de su asentamiento en *Hispania*, a tenor del reparto del territorio, tras las famosas *sortes*.

Esta base literaria es la que configuró el conocimiento del pueblo visigodo antes de la irrupción de la arqueología como disciplina científica. Nos interesa la validez de los postulados, pero también la confrontación de los datos que ofrecen los restos materiales, principalmente aquellos que surgieron de la excavación de las necrópolis y de la recogida de hallazgos casuales. Es entonces cuando el papel de esta disciplina adquiere su gran valor, unido a la de las corrientes historiográficas en las que está inmersa, lo que condiciona en gran medida la explicación histórico-arqueológica de un fenómeno singular, el que supuso la entrada de una cantidad significativa de emigrantes y su consecuente asentamiento.

Dentro de ellos, el difusionismo se convirtió en una corriente predominante, que con el protagonismo de determinados desplazamientos migratorios realzaba su papel. La maximización de algunos de los postulados creó los monstruos del pasado, aupados por un clima de descontento social tras la Gran Guerra, resultando la aversión a lo ajeno y la sobrevaloración de lo propio, señas de identidad acrisoladas con unos ingredientes constantes: una lengua, un territorio o una etnia. Los postulados *nazionalistas* se nutrieron de estos paradigmas. En nuestro ámbito cultural, la eclosión y esplendor de una generación de intelectuales nacidos bajo un sistema académico —hoy considerado como decimonónico— permitió la caracterización paulatina de la cultura material, encuadrándola bajo distintos periodos históricos. No quedó fuera el final del periodo romano ni aquellos objetos atribuidos a los nuevos pobladores, que eran vistos como bárbaros, comenzando su rápida definición. En esa dinámica fueron los objetos procedentes de las necrópolis aquellos que adquirieron un papel determinante para incrementar el conocimiento. Así durante el primer tercio del siglo XX se pusieron las bases de la cultura material relacionada con el “pueblo visigodo”. Era el momento de acumular conocimiento, ya que antes ese campo estaba yermo.

Tras la Guerra Civil la apropiación de determinados símbolos y relatos históricos a la nueva ideología triunfante provocó la perduración de determinadas asociaciones históricas en la historiografía hispana, caso del origen del carácter nacional vinculado al “pueblo visigodo”, sembrándose así el camino de tortuosas interpretaciones. Hoy con el periodo democrático-autonómico se ha producido un fenómeno inverso. Se ha ensalzado la autodefensa identitaria de regiones, amoldando la localización de poblaciones antiguas a los límites autonómicos actuales. Ello ha ocasionado una ficticia territorialización y ha propiciado nuevos monstruos basados en semejantes puntales sociales: la lengua, el territorio y el pueblo, intentando siempre marcar diferencias bajo velados halos de supremacía social o cultural. De esta manera, los fenómenos transcomunitarios son —al menos— incómodos. Además, determinados incipientes estudios historiográficos han sobredimensionado el papel ejercido por algunos de los protagonistas, eliminando el valor que jugaron otros investigadores. En

otras ocasiones emanan líneas interpretativas cargadas de un alto contenido ideológico, lo que desvirtúan las conclusiones a las que llegan. Cada periodo histórico ha fijado una imagen sobre el carácter del pueblo visigodo y su asentamiento, aunque en líneas generales se sigue manteniendo la visión divulgada por Wilhelm Reinhart, aunque ésta presentase graves errores metodológicos.

Estos son los mimbres con los que intentaremos establecer y ordenar la información, que en suma, nos permitan proponer unas pautas y líneas en el análisis del poblamiento visigodo. Algunos de los aspectos coinciden con antiguas perspectivas, pero otros, como la incorporación de la escala generacional, permiten ofrecer un nuevo marco interpretativo. Así profundizamos en el proceso de formación del pueblo visigodo, su caracterización, identificación y evolución, priorizando conocer dónde se asentaron y porqué y a qué status o componente social pertenecieron. Es así cuando una interrogante vuelve a tener un peso preponderante: ¿es visible la etnicidad visigoda en la cultura material de los siglos V-VI?

Conceptos previos

Nuestra investigación tiene por objeto la etnogénesis de la *gens gothorum*, es decir el proceso de emergencia, formación y mantenimiento del grupo étnico visigodo. A pesar de que la etnogénesis visigoda puede ser considerada como un fenómeno mucho más amplio, abarcando desde la salida poblacional de la tierra mítica *Gothia* (Carbó, 2004: 194) y (López Quiroga, 2008: 98-99) hasta su descomposición como unidad política tras la entrada de los musulmanes en *Spaniae*, nosotros sólo nos centraremos en una parte del mismo: en aquel circunscrito a su asentamiento en la península Ibérica, base teórica de la singularidad poblacional del reino visigodo de Toledo.

Por otra parte, a nivel general se han producido significativos avances en la definición de los diferentes conceptos relativos a la etnicidad, grupo étnico o identidad étnica (Jones, 1997: XIII), superando viejos axiomas en los que se equiparaban determinados grupos étnicos con algunas naciones; y dotándoles de vigencia frente a aquellos que consideran la etnicidad un fenómeno de carácter moderno y exclusivamente occidental (Ramírez Goicoechea, 2007: 131). Nuestra base doctrinal se basa principalmente en los postulados defendidos por Fernández Götz (2008 y 2009a), desarrolladas para algunos grupos poblacionales prehistóricos (Fernández Götz y Ruiz Zapatero, 2011), bajo una incipiente metodología (Ruiz Zapatero, 2010: 42).

Para nuestro caso, el conglomerado visigodo-tervingio estaría compuesto por un origen étnico muy diverso, donde se mezclan “*sármatas, alanos, hunos y otros grupos no-germánicos hasta tajfales, suevos etc.*” (Pampliega, 1998: 34-35), en un proceso que constata la incorporación de individuos procedentes de esos pueblos asimilados, que pudieron dejar huella material de su antigua vinculación. A su vez, nos enfrentaríamos a otro hándicap consistente en determinar la cronología de las tumbas que configuran algunas de los grandes cementerios de la época, ya que se evidencia el uso de ellas durante un amplio periodo de tiempo que en ocasiones es difícil de concretar. Ante el rechazo evidente de asociar “cultura arqueológica” con un “grupo étnico” específico se ha propuesto que determinados aspectos de una cultura

se conviertan en símbolos identitarios, como “marcadores” (Fernández Götz y Ruiz Zapatero, 2011: 231) (Fig. 1). Muchos de los posibles indicadores no han dejado huella arqueológica directa (como la lengua, las leyes, las costumbres, la danza o la música) mientras que otros son visibles como los adornos realizados en materiales no perecederos, empleados junto a los vestidos, siendo conocidos por su amortización en contextos funerarios, cobrando así una significación plena. Además, cada vez sobresale más la importancia que juegan los testimonios escritos a la hora de establecer separación entre los grupos étnicos. A parte de que en ocasiones se haya considerado reflejo de una visión fragmentaria o como interpretación de alguien ajeno a dicha cultura (normalmente escrita por aquellos victoriosos colonizadores), que propició que determinada nomenclatura se refiriese sólo a una etnia u ocasionase confusión entre términos y su contenido geográfico.

Y por último, tal y como señalan habría que tener en cuenta la propia demografía del grupo étnico, su estructura socioeconómica y la dimensión cronológica de los procesos de etnogénesis a escala de generación humana. En ese sentido creemos que la inclusión del componente generacional (Fernández Götz, 2009a: 197 y Ruiz Zapatero, 2009: 22-23 y 38) permite ofrecer una nueva dimensión del fenómeno. Estas serían las bases conceptuales sobre las que establecer nuestro acercamiento a la *gens gothorum* que se asentó en Hispania.

En conclusión, el pueblo visigodo existió como unidad diferenciada poblacional, poseyendo unos rasgos de identificación. Ellos se consideraron diferentes a otros grupos y así se denominaron como *gens gothorum* (Lalinde, 1990), mientras que también fueron considerados distintos por historiadores como Casiodoro o Jordanes, oponiéndoles principalmente a los ostrogodos (Carbó, 2004). Hoy se ha relacionado su etnogénesis con el proceso de formación de su realeza (López Quiroga, 2008: 51-53) 1998), donde “*la soberanía doméstica se encuadró en una agrupación familiar apoyada en la unidad de linaje (Sippe), que sustentaba las relaciones básicas del individuo dentro de la sociedad*” (Pampliega, 1998: 14). Historiográficamente, este pueblo ha estado constantemente identificado con el reino de Toledo, y este a su vez con una idea de nación, instrumentalizada en diferentes periodos como origen político y legitimador de determinados estados peninsulares. Ésta interpretación política no es exclusivamente hispana, sino también común en otras narrativas nacionales, como la francesa.

La cultura material asociada al pueblo visigodo

Teniendo en cuenta todos estos elementos, hay uno que sobresale entre todos, ya que se convirtió en piedra angular para la identificación y visualización del pueblo visigodo, nos referimos a su cultura material. Consideramos necesario un esbozo de análisis historiográfico para comprender en qué nivel de conocimiento y porqué se han producido diferentes desencuentros y desenfoques.

Por otra parte, no es nuestra intención realizar un análisis historiográfico sistemático, ya que excedería el marco de este trabajo. A pesar de ello, es imprescindible conocer el contexto histórico social e ideológico en el que se fue fraguando el conocimiento sobre la cultura material del periodo que tratamos. Ello nos permitirá tener un juicio crítico sobre los

postulados que se han expresado sobre dicha cultura. Por ello, a continuación esbozaremos unas líneas maestras de ese entramado historiográfico, profundizando más en algún momento determinado, caso de los años en los que se definió la arqueología visigoda, en torno a la primera mitad del siglo XX, debido a su transcendencia.

Hay que señalar que aún falta un estudio sistemático sobre la historiografía relativa a la toréutica de época visigoda, sin prejuicios y ecuánime, en la que la tradicional dicotomía ideológica hispana no sobredimensione o condicione definitivamente la visión de ese periodo histórico tan crucial y tan mediáticamente utilizado en la confrontación política contemporánea. Existen algunas aproximaciones, como la muy aceptable y aséptica visión que Gisela Ripoll (1991) ofreció en su Tesis Doctoral. Otras, como la que realizó Lauro Olmo (1991), abrieron unas nuevas líneas de interpretación al incorporar un gran peso ideológico en el hilo conductor del relato; seguido posteriormente por Carlos Tejerizo (2012a) bajo una propuesta de periorización historiográfica. Nosotros ahora estableceremos una particular imagen, siguiendo una secuencia narrativa cronológica. Entendemos que frente a postulados externalistas o internalistas historiográficos haya intentos de superar esos axiomas (Tejerizo, 2012b: 480-481). Para nosotros, determinados factores contextuales externos influyeron decisivamente en el relato, a la vez que fueron también decisivos otros aspectos internos, caso de la propia naturaleza de la disciplina arqueológica, sumida en un endogámico corporativista ámbito académico, unido al carácter e ideología personal de cada uno de sus protagonistas.

En este relato, subyace una cuestión clave, que en palabras de Ruiz Zapatero (2010: 40) se expresa en la siguiente diatriba: “*si la etnicidad puede ser reconocida e identificada en los restos de cultura material*”. Desde finales del siglo XIX, y partiendo de un ambiente romántico, la corriente esencialista defendió una asociación directa, que fue llevada hasta sus límites en posteriores instrumentaciones políticas. Iniciemos el relato.

Convulsos encuadres iniciales y primeros estudios ignorados

Es innegable que en los últimos decenios del siglo XIX la disciplina arqueológica en España aún estaba en sus albores. Respecto a la arqueología “visigoda”, su inicio no pudo ser más brillante, debido al hallazgo del tesoro de Guarrazar (1858) y a las circunstancias que lo rodearon, caracterizado por sus espectaculares coronas y cruces votivas (Amador de los Ríos, 1861) más la identificación de la singularidad de edificios como la iglesia de San Juan de Baños (Palencia) (Rada y Delgado, 1872). Sin embargo, el resto de la cultura material, salvo la numismática (Heiss, 1867), seguía siendo muy desconocida. Muestra de ello es la dubitativa clasificación de la necrópolis de Suellacabras (Soria), descubierta sólo diez años después de aquél tesoro; inmersa en especulaciones, evidentes tanto en la memoria resultante como en su posterior publicación parcial (Aguirre, 1891). Su encuadre no se resolverá hasta muchos años después, cuando Blas Taracena vuelva a excavar el cementerio (Gutiérrez Dohijo, 2002). Mientras tanto, justo antes del cambio de siglo, en Francia se producen significativos avances en la caracterización y sistematización de elementos asociados a los diferentes pueblos germanos que se asentaron en suelo francés (Barrière-Flavy, 1892, 1893, 1894 y 1899).

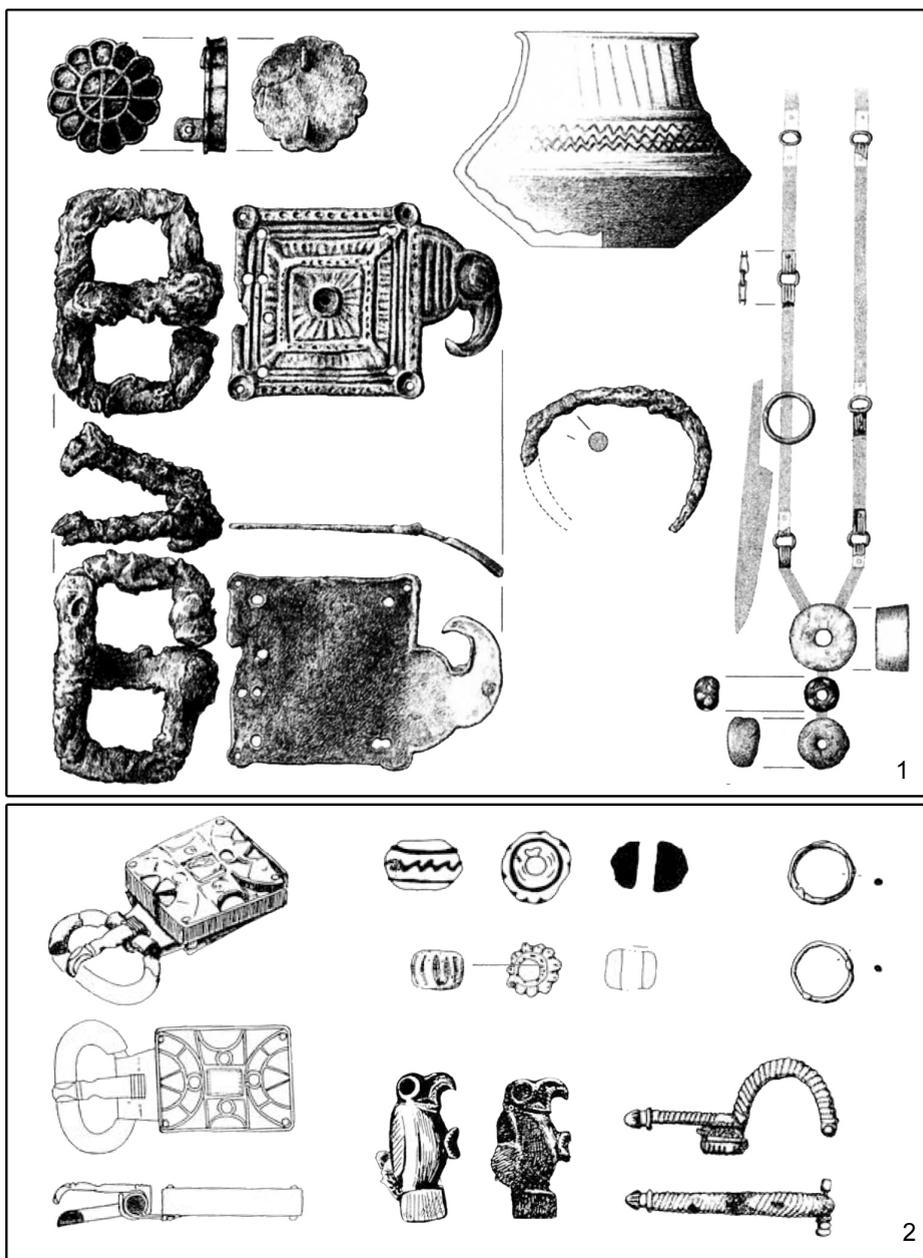


Figura 1. Marcadores tradicionales atribuidos a diferentes grupos germanos: 1) Tumba 77 de Hódmezövásárhely-Kishomok, con elementos característicos gépidos, según Kazanski (2010) a partir de Bona y Vielitz. 2) Tumba 19 (Grigny, Essonne) con elementos de tradición danubiana de Germanos del Oeste, según Kazanski y Périn (2009: fig. 9, a partir de Berthelie, 1994).

Algo más tarde, en España, se puede considerar inaugurado el inicio de los estudios sobre toréutica “bárbara, de las emigraciones o visigoda” cuando en el cambio de siglo se produzca una significativa polémica, que refleja el nivel de conocimiento en que se encontraba la propia disciplina y las relaciones que se establecían entre los distintos investigadores. Uno de los protagonistas de esta controversia fue el hijo del divulgador y artífice de la recuperación parcial del Tesoro de Guarrazar, Rodrigo Amador de los Ríos (1899: 661), a la sazón posterior director del Museo Arqueológico Nacional (entre 1911 y 1917) (Mederos, 2015b), quién encasilló como “*jaeces de caballo islámico propios del siglo XI*” distintas hebillas que hoy son consideradas como liriformes. Sin embargo, el profesor alemán Julius Naue (1900) le rectificó, al considerarlas como germánicas. Curiosamente, entre ambos personajes más José Ramón Mélida intercambiaron información a través de moldes y dibujos, conducta habitual en la época. Amador de los Ríos (1901) le respondió —entre reproches— por no haber recibido determinadas copias y por errores en la procedencia geográfica de alguna pieza; dejando en suspenso su opinión definitiva, ante la creencia de que aún los argumentos del profesor alemán no eran concluyentes. Argüía la consabida carencia de excavaciones y hallazgos funerarios en España. Además, continuaba sugiriendo la posibilidad de encuadrar dichos objetos dentro de época hispanomusulmana, incorporando otros supuestos paralelos ornamentales. La disputa reflejaba un trasfondo interpretativo, consistente en establecer cuál era el rasgo decorativo preponderante en las artes del fin de la romanidad: lo germano o lo latino. Esta diatriba ya venía de antiguo, cuando se intentó dilucidar la vinculación cultural del tesoro de Guarrazar (Riviére, 1992: 150-1).

En ese momento, Barrière-Flavy (1901) había publicado un voluminoso trabajo sobre lo que por entonces se denominaba artes industriales de los pueblos bárbaros en la Galia; incluyendo un extenso apartado a los visigodos. Allí se mostraron algunos de esos característicos grandes broches de placa con cabujones. Esta obra no trascendió en el ámbito español de forma inmediata (Fig. 2).

Sin embargo, a partir de entonces, la identificación de restos atribuibles a los visigodos será progresiva. Se irán conociendo relieves arquitectónicos procedentes de Mérida (Solano, 1900), algún crismón de bronce (Valverde, 1902) o sepulcros hallados en una necrópolis cordobesa (Romero, 1909). A ello se unirá un reavivado interés por la arquitectura de ese momento, tanto por la iglesia de San Juan Bautista de Baños de Cerrato (Palencia) (Agapito, 1902 y Simón Nieto, 1904), como por la de San Pedro de la Nave (Gómez Moreno, 1906). A su vez, tras el cambio a la nueva sede del Museo Arqueológico Nacional (1895), esta institución cobró un significativo protagonismo. Sobre ella pivotará el avance del conocimiento de la cultura material de cualquier época, debido al incremento constante de adquisiciones, más al profesionalismo de eminentes arqueólogos adscritos a ella, caso de Rodrigo Amador de los Ríos, Ignacio Calvo, Luis Vázquez de Parga, Narciso Sentenach (Pérez Rioja, 1983) o José Ramón Mélida (Mederos, 2013), entre otros, cuya formación estuvo ligada en ocasiones a la extinguida Escuela Superior de Diplomática (Maier, 2008).

A la par, las menciones a estudios europeos entre especialistas españoles habían sido escasas por no decir que excepcionales. El ejemplo más evidente es la ausencia de referencias

en nuestra bibliografía del significativo estudio que Alfred Götze (1907) dedicó a las hebillas y broches de cinturón. Allí fue propuesto el origen a diferentes modelos de placa de cinturón: (tipo A) sur de Rusia, (tipo B) ostrogodo y (tipo C) sur de Francia. Este estudio ha sido considerado como la primera clasificación tipo-cronológica que aunaba ejemplares de distintas áreas geográficas. Esta obra no será citada hasta que se publique la obra de Åberg (1922). El desconocimiento bibliográfico se puede extender a una de las primeras publicaciones portuguesas, en la que se divulgaron restos de una necrópolis, la hallada en Serro en el Algarve (Rocha, 1908), inexistente para la historiografía española.

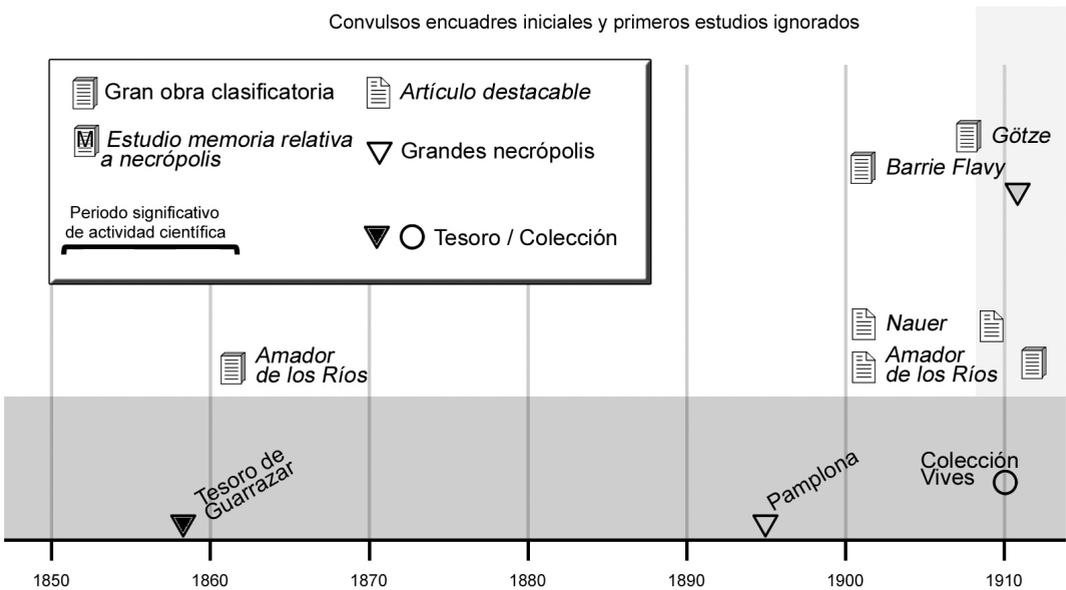


Figura 2. Cronograma que muestra la historiografía dedicada a la toréutica visigoda., desde la década de 1850 a 1910.

Silenciosos avances

En este ambiente, Narciso Sentenach (1909) publica una síntesis sobre la orfebrería española, desde sus orígenes hasta época moderna. En ella se incluyó un capítulo sobre la orfebrería visigoda, en la que se evidenciaba los pequeños avances logrados a tenor de los hallazgos ingresados en el Museo Arqueológico Nacional o de la sapiencia que tenía de alguna de las grandes colecciones privadas existentes, como la de Antonio Vives Escudero. Además se hizo eco de recientes hallazgos entonces inéditos acaecidos en Cubas (Madrid) y los producidos en una necrópolis de la provincia de Guadalajara (posiblemente el “Altill de las Horcas”, también conocida como Palazuelos). A su vez, mostraba su conocimiento de las

obras del Barón de Bayé (1892, 1906 y 1908 entre las más significativas) publicadas en la Revista *Mémoires de la Société des Antiquaires de France*, más la edición de la Colección Caranda, y de la disputa señalaba anteriormente.

El reflejo de este silencioso avance entre los especialistas españoles se proyecta en documentos de trabajo y/o administrativos en los que ya aparece la asociación de objetos toréuticos a los “visigodos”, caso por ejemplo al denominar uno de los lotes en que se dividió la Colección de Antonio Vives Escudero, como “bronces visigodos”, cuando fue ofertada al Estado en 1910. Sólo parte de la colección llegó al Museo Arqueológico Nacional en 1913, siendo clave para la identificación de los objetos ingresados los álbumes de siluetas y dibujos que publicase García Bellido *et alii* (1993). A ello se podía sumar, la reseña que Juan Cabré (1912: 200) escribió en su Catálogo Monumental de Soria, al enumerar dentro de la “edad visigótica” fibulas trilaminares y hebillas arriñonadas procedentes de Fuencaliente y Jubera (Soria) (Aguilera, 1909: 172), poniendo como referentes las exploraciones que realizase el Marqués de Cerralbo en el “Altillio de las Horcas” (Olmeda, Guadalajara) y Estevanbela (Segovia). El cúmulo de hallazgos comenzaba a ser significativo, incluyendo las primeras menciones a necrópolis. Los efectos de la nueva ley de 1911 comenzaban a dar frutos, al intentar ordenar la pérdida de saberes y objetos, reflejo de una mayor preocupación por este tipo de bienes patrimoniales, tras los sonoros expolios de finales del siglo XIX y el incremento notable de hallazgos y excavaciones producidos en los primeros años del siglo XX.

Sin embargo, la historiografía hispana aún seguía estando en la fase de incrementar conocimiento por medio de hallazgos de distinta índole, muy lejos de establecer análisis de conjunto o sistematizaciones del material existente. Era habitual englobar fibulas, broches de placa, broches liriformes, o cualquier otro elemento toréutico bajo un único grupo, adjetivándose todas ellas o el periodo como “visigodo”, “visigótico” o “bárbaro”. En ocasiones, incluso se llegó a considerar como “*joyería puramente clásica española*” (Sentenach, 1909: 37). Paulatinamente, se informaba sobre los objetos que integraron por la compra de parte de la colección Vives (Mélida, 1911 y 1913), más el hallazgo de algún singular broche epigráfico en Ortigosa de Cameros (Rioja) (Garín, 1913); o la publicación por Ansoleaga (1915 y 1916) de la necrópolis de Pamplona, descubierta en 1895, quién atribuyó un carácter franco, a tenor de la amplia bibliografía francesa que utilizó y del desconocimiento de los hallazgos peninsulares acaecidos anteriormente. Los prejuicios y estereotipos sobre los que Ansoleaga sustentó su clasificación son evidentes (Fig. 3).

En suma, bajo un exiguo y desigual uso de la bibliografía francesa y alemana especializada, es significativo como en un periodo relativamente corto de tiempo, entre 1899 y 1912 se determinase con meridiana clarividencia una parte de la cultura material asignable al pueblo denominado “visigodo”, “bárbaro” o “de emigración” dentro de la Península Ibérica, agrupando todos los restos bajo una única etiqueta. El posicionamiento ideológico versaba en determinar el carácter de los objetos, incluyéndolos dentro del orbe latino o como parte del ámbito germano, antes de que el nacimiento del difusionismo se produjese y de que su influjo fuese instrumentalizado por distintos nacionalismos.

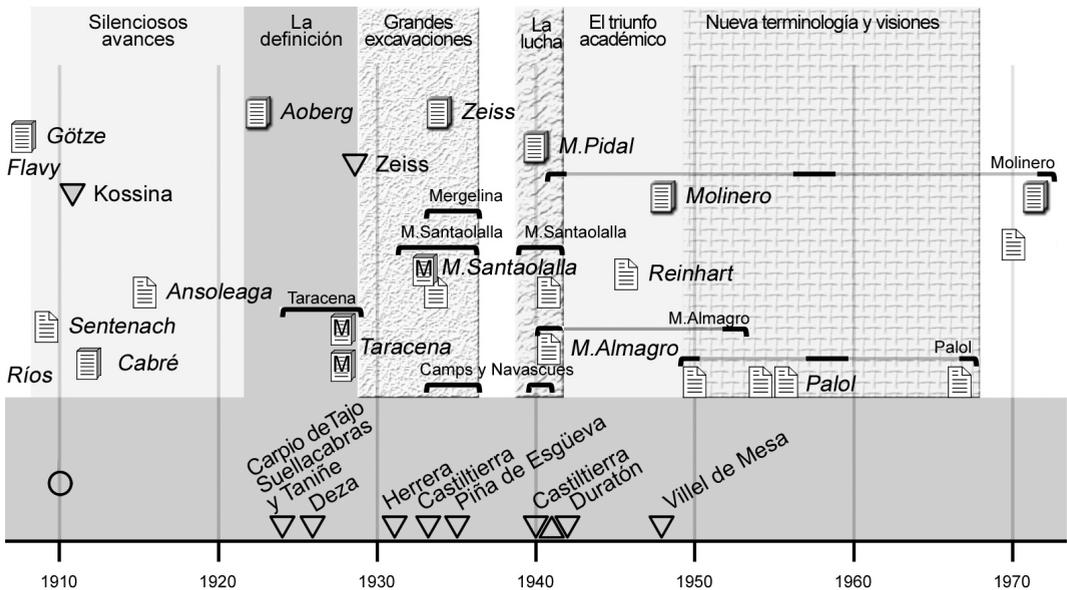


Figura 3. Cronograma que muestra la historiografía dedicada a la toréutica visigoda, desde la década de 1910 a 1970.

Influjos de las corrientes culturales

En este momento es cuando hace irrupción el difusionismo en las corrientes sociales. Se considera que la obra de Gustaf Kossinna “*Die Herkunft der Germanen. Zur Methode der Siedlungsarchäologie*” de 1911 es en la que expone sus principios metodológicos, consistentes —*grosso modo*— en atribuir identificaciones culturales a determinados artefactos y sus combinaciones. También dotaba de una interpretación étnica a las culturas arqueológicas, en la que las migraciones fueron el vehículo para explicar la difusión cultural, además de ser un elemento de ruptura en la línea continuista poblacional.

No hay duda de que su línea de pensamiento se fue radicalizando hacia postulados más extremos. Kossinna dirigió su metodología al estudio de la “patria originaria” germana, realizando una desafortunada asimilación entre pueblo y “raza”. Todo el armazón interpretativo estará sustentado por el enaltecimiento nacional germano, fruto final de un pensamiento romántico, con una base en la que se relacionó “pueblo”, “lengua” y “cultura arqueológica”. Además, se establecía una relación directa entre progreso cultural y una superioridad biológica racial. Los siguientes escalones en esta dinámica son bien conocidos, la pureza del pueblo menos contaminado, racial e intelectualmente superior se relacionaría con un pueblo culturalmente creador frente a otros pueblos pasivos y por tanto inferiores. Un coctel perfecto de xenofobia nacionalista, tan actual hoy en día. El penúltimo escalón es

expuesto claramente por Fernández Götz (2009b): “*Kossinna consideró a la arqueología como un medio para establecer derechos históricos sobre el territorio, especialmente tras la derrota de Alemania en 1918*”. El uso de parte de sus postulados por la máquina de propaganda nazi, convirtiéndole en un modelo a seguir, ocasionará su ostracismo tras la II Guerra Mundial. Aquellos que acogieron sus bases como paradigma teórico, se desmarcarán de su vínculo. Incluso llegaron a realizar imposibles juegos de equilibrio. La figura más conocida fue Gordon Childe, quién posteriormente criticó la correlación entre “raza” y grupos arqueológicos y lingüísticos; considerando la Prehistoria como un mosaico de pueblos y culturas, que fue afectada por multiplicidad de influencias exógenas; más un consabido maquillaje terminológico. Así, la obra de Kossinna debe ser entendida en el contexto de su época, en la que los excesos nacionalistas no resultaban ni mucho menos excepcionales (Fernández Götz y Ruiz Zapatero, 2011: 221). En palabras de Fernández Götz (2009b): “*Kossinna no estaba actuando de una forma muy diferente a la de numerosos estudiosos occidentales de su tiempo que consideraban inferiores a los pueblos indígenas de Norteamérica, África o Australia (Trigger, 1989: 164)*”.

Pero por el contrario, se ha valorado positivamente de Kossinna que diese un sentido histórico a los hallazgos prehistóricos, aunando técnicas tipológicas con la cartografía; que equiparase determinadas culturas arqueológicas con tribus concretas, como los sajones, o sus “áreas culturales”. En suma, incorporaba a la arqueología evolucionista una nueva perspectiva, la difusión a través del desplazamiento de pueblos. Ofreció un medio para explicar las variaciones geográficas y cronológicas en el registro arqueológico. Y por último, impulsó la cartografía dentro de la arqueología.

El ámbito académico hispano no quedó ajeno a su influjo. En el curso 1913/1914, como pensionado de una beca, Bosch Gimpera asistió a seminarios dirigidos por Kossinna, en un ambiente de pugna académica. Es el momento en que el investigador español recibió una notable influencia de sus postulados, como el aprendizaje de los círculos de cultura y relación entre pueblos, pero no llegó a compartir las implicaciones racistas del modelo social que proponía (Mederos, 1999: 18-19). Algo parecido ocurrió posteriormente, en 1934, con otro de los pensionados por la Junta para la ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, cuando Martín Almagro Basch estudió en Viena y Marburg, ahora bajo Oswald Menghin (Mederos, 2011-2012: 341), profesor conocido por llevar a un extremo radical los postulados étnicos de Kossinna. Sin duda, fue una época inmersa dentro de distintas corrientes utópicas, derivadas de un ambiente cargado de fuerte romanticismo, en las que se acoplaban perfectamente desde el nacionalismo catalán a corrientes falangistas, y donde arqueólogos muy distantes en sus planteamientos ideológicos mantuvieron postulados muy próximos (Fernández Götz y Ruiz Zapatero, 2011: 221), siempre dentro de planteamientos esencialistas, bajo el paradigma étnico-cultural.

La década de los años veinte: el momento de la definición

Tuvieron que transcurrir algunos años hasta que se produjo otro avance significativo. Ya anunciamos anteriormente como Åberg (1922) publicó una obra transcendental, que se convertirá en referencia durante al menos una década, al sintetizar y divulgar

internacionalmente broches, hebillas y fíbulas de procedencia peninsular, y asociarlos al pueblo visigodo. El estudio contextualizaba los hallazgos con los de otras áreas geográficas (Francia e Italia principalmente) e intentaba precisar la cronología de dichos objetos, estableciendo diferencias entre fíbulas godas de determinados territorios, desde aquellas procedentes de Hungría a las halladas en suelo francés; además de distinguirlas de las merovingias, escandinavas y francas. A su vez, definía la cultura material visigoda, especialmente sus distintos tipos de fíbulas, broches y hebillas, apoyándose entre otras obras en la mencionada de Götze; además de vincular determinados objetos al siglo VII; categorizando los broches liriformes, sus motivos ornamentales, junto con el arte mostrado en el tesoro de Guarrazar. Para realizar su sistematización Åberg se ayudó de las colecciones que se encontraban primordialmente en el Museo Arqueológico Nacional (muchos de ellos procedentes de la Colección Vives y Escudero), la Real Academia de la Historia y la colección del Marqués de Cerralbo; además de ejemplares depositados en museos de Berlín, Granada, Orihuela, Belem o Barcelona. Así, incluyó los escasos elementos ya publicados por Sentenach, como otros inéditos, referenciados por Juan Cabré procedentes de las provincias de Soria, Guadalajara y Segovia. De esta manera, divulgó los objetos aparecidos en las necrópolis de Palazuelos y Estebanvela, más los de Pamplona, que en este momento será considerada como visigoda, y Marugán (Segovia). De ese modo, reunió gran parte de los objetos hasta entonces conocidos, siendo la primera vez que se publicaba la imagen de muchos de ellos. Con este trabajo se consolidaron las bases sobre la que se asentará la sistematización de la toréutica de época visigoda y su cronología.

Inmediatamente, en estos años veinte se producen significativas excavaciones en conjuntos cementeriales. En 1924 se efectúa la excavación de la necrópolis de Carpio de Tajo (Toledo). Los objetos allí recuperados ingresaron en el Museo Arqueológico Nacional, tras su compra efectuada por parte del rey Alfonso XIII. Gracias a ello, a partir de entonces será uno de los conjuntos más mencionados. Sin embargo, su publicación no llegó hasta bastantes años después, por parte de Cayetano de Mergelida (1949).

A su vez, sobresalen los trabajos que Blas Taracena desarrollará entre 1925 y 1941, como director del Museo Numantino, con una significativa labor de investigación en la provincia de Soria. Sobre la temática aquí tratada destacan las excavaciones que realizase en Suellacabras y Taniñe durante 1924 y un año después hasta el invierno de 1926 en Deza. La inmediata publicación fue determinante para su sistematización. Así abrió un nuevo periodo de conocimiento y de método al exponer los resultados bajo parámetros científicos. Primero publicó Suellacabras y Taniñe conjuntamente, en un trabajo sumamente descriptivo, donde detallaba las necrópolis y tumbas, enumeraba los ajueres de cada una de ellas, que luego reprodujo, aun sin individualizar cada conjunto. Además, realizó un pequeño análisis de conjunto sobre ambas necrópolis, del que se desprende su inclusión ya como hallazgos visigodos dentro de los que se estaban produciendo en la meseta norte (Taracena 1926: 36). Se observa como estableció vínculo de semejanza con los objetos, principalmente hebillas, halladas en Fuencaliente, Palazuelos, Renales, Marugán y Pamplona, junto con los depositados en el Museo Arqueológico Nacional y Real Academia de la Historia (siendo

Åberg una de las referencias bibliográficas de las que se nutrió). Un año más tarde, publicará el estudio del cementerio de Deza (Taracena, 1927). Con esta necrópolis consideró haber esclarecido las dudas que le surgieron a la hora de determinar el carácter de los anteriores cementerios, calificando genéricamente como “*bárbaras*” a las primeras y asignando un término más restrictivo, “*visigoda*”, a la nueva. El fósil guía fue el modelo de hebilla, estimando semejantes algunas con aquellas halladas de Palazuelos, más las aparecidas en dos nuevos cementerios (Carpio de Tajo y Herrera de Pisuerga). Además marcó las diferencias entre Deza y las otras dos necrópolis excavadas por él, considerando que el primero no conservaba ninguna “*reminiscencia romana*”, calificándola como un “*arte extraño por completo al mundo romano occidental*” (Taracena, 1927: 26), mientras que en las otras dos se inferían vínculos ibéricos y romanos. Por otra parte, en este nuevo estudio innovó metodológicamente, al incorporar consideraciones sociales a partir de los objetos o de la ausencia de los mismos; a la vez que mostraba apreciaciones sobre la jerarquía social y de género de algunas de las tumbas descubiertas. En conclusión, consiguió separar cada conjunto cronológicamente, unos cementerios pertenecerían al siglo V y el restante al VI. No hay ningún atisbo de expresión o concepción xenófoba en sus escritos. Por decirlo en palabras de Gómez Barrera (2016: 509) con Blas Taracena se inició “*prácticamente la arqueología visigoda española*”. Posteriormente, publicará otros hallazgos considerados “menores”, pero todos adscritos al periodo visigodo, caso de los producidos en El Royo (Soria) (Taracena, 1929: 6-7), Monteagudo de las Vicarías, Ocenilla (Taracena, 1932: 32-40) y Vadillo (Taracena, 1935: 281-285).

Por tanto, en esta década se puede concluir que se efectuaron dos avances significativos. Por una parte, Åberg estableció las líneas maestras sobre las que se asentarán las clasificaciones de broches y fibulas identificados como pertenecientes al pueblo visigodo, mostrando gráficamente gran parte de los ejemplares conocidos hasta entonces. Y por otra parte, Taracena excavó tres cementerios, caracterizándolos y publicándolos rápidamente, lo que sirvió para convertirlos en referentes durante los siguientes años.

Las grandes excavaciones cementeriales bajo diferentes escuelas y su sistematización

La situación política en España y en Europa estaba cambiando rápidamente a inicios de los años 30. La irrupción en el poder del partido nazi en Alemania abrió un nuevo periodo histórico. La utilización de los postulados de Kossinna para imponer y justificar su ideología y expansionismo fuera de las fronteras alemanas llegó a ser uno de los factores de influencia en la elección de nuevas temáticas dentro de la arqueología. En el ámbito hispano, por parte de algunos investigadores, dicha corriente fue utilizada como vehículo para conectar la cultura germana con la hispana. Pero a la vez, se produjo una aceleración, debido a la profusión de hallazgos, la consideración de ser una temática ignota y el interés personal de algunos investigadores. Ahí, la participación de las distintas escuelas arqueológicas peninsulares fue decisiva, al intentar cada una de ellas acaparar el conocimiento de este ámbito de investigación, generando diferentes focos de conflicto. De esta manera, los

estudios sobre la cultura visigoda comenzaron a cobrar un interés inusitado hasta entonces, antes de que se produjese otra confrontación, la bélica de la Guerra Civil.

En 1928 Hans Zeiss había recibido una beca de viaje, que utilizará para emprender sus investigaciones sobre los hallazgos cementeriales de los visigodos en España y Sur de Francia. Momento en el que la Römisch-Germanischen Kommission se reorientaba hacia temáticas medievales. A partir de ese momento, el director de dicha Institución, Friedrich Drexel, se fijó en él; creciendo su carrera profesional fulgurantemente. En solo cuatro años pasó a ser subdirector de la misma (Fehr, 2001: 318-323). A partir de 1933, su ideología profundamente nacionalista tendrá un perfecto desenvolvimiento dentro de diferentes organizaciones nazis. Y consecuentemente su progresión profesional irá pareja a ese devenir. Ya antes era conocido por su compromiso extremadamente nacionalista, siendo director editorial de la revista “Nación y Raza”. Sin embargo, es significativo que Hans Zeiss fuese uno de los investigadores que se opusiesen a aplicar en su totalidad los postulados de Kossinna. Hizo hincapié en que no todos los materiales arqueológicos eran étnicamente interpretables, a pesar del ambiente propicio hacia dichas teorías (Fehr, 2001: 326-327).

A la par, aparece en escena Julio Martínez Santa-Olalla, uno de los protagonistas de esta década en el ámbito de la arqueología hispana. Personaje controvertido como reflejan las biografías que han proliferado en los últimos años sobre él y sus distintas facetas. Sobre su figura aquí nos interesan los aspectos relativos al tema que tratamos y su contexto, para analizarlo de forma crítica. Por ello partimos de un momento que consideramos determinante: su estancia en Alemania, a instancia de Bosch Gimpera. Entre 1927 y julio de 1931 Santa-Olalla obtuvo un lectorado en la Universidad de Bonn, donde mantuvo contactos con Kossina (Mederos 2003-2004: 15), a quién le dedicó una elogiosa reseña necrológica (Martínez Santa-Olalla, 1932a). Allí se impregnó del ambiente germanófilo. Su concepción difusionista-cultural (Martínez Santa-Olalla, 1978: 16-17) con tildes raciales, bajo conceptualización biológica se plasmará posteriormente en estudios prehistóricos principalmente, de manera intermitente. Su estancia en Alemania no fue continua, ya que en 1930 aparece excavando la necrópolis de Hinojar del Rey (Burgos). Éste se puede considerar como el inicio de sus trabajos enfocados al mundo visigodo. Según Mederos (2003-2004: 17) la orientación hacia los estudios dedicados a la presencia “visigótica” en España fue debido a que “*aportaba una conexión germánica entre ambos países*”, a la que también habría que añadir que era un campo considerado como poco explorado u olvidado (Mederos 2003-2004: 18). Pero no fue un tema exclusivo en su investigación arqueológica/ etnográfica, ya que la Prehistoria y su “germanización” fueron otro de sus sujetos de interés; de ahí que se produjesen sus exploraciones sobre los guanches (Mederos *et alii*, 2011). Sin duda, la elección de estas temáticas resultó ser un trampolín para las aspiraciones profesionales de Martínez Santa-Olalla, en un contexto de progresivo apogeo germanófilo.

Consiguientemente, Martínez Santa-Olalla (1931) dio a conocer la noticia sobre la excavación de la necrópolis de Hinojosa del Rey (Burgos) y de los hallazgos que se habían producido en Herrera de Pisuerga (Palencia). Ambos eran fruto de anteriores expolios; cuyos hallazgos pasaron a engrosar colecciones públicas y privadas. En 1931 es cuando comienza a

excavar en este último cementerio. La rápida publicación de la memoria sobre este cementerio (Martínez Santa-Olalla, 1933a) convirtió el escrito en un corpus constantemente citado a partir de entonces, ya que la descripción de los ajuares y su reproducción fotográfica incorporaba una metodología científica, que permitía reconstruir prácticamente cada una de las sepulturas. Además acompañó el estudio con gran cantidad de imágenes que ilustraba el aspecto y posicionamiento de las sepulturas. Sólo habría que reprochar la ausencia de un plano general, que permitiese localizar con exactitud cada tumba descubierta. Por otra parte, es significativo que mencionase paralelos de otros dos cementerios aún en estudio: Castiltierra, cuya memoria se postergó hasta años después y Daganzo de Arriba, publicada inmediatamente de forma ejemplar por Fernández Godín y Pérez de Barradas (1931). A partir de entonces, parte de la producción literaria de Martínez Santa-Olalla se centró en este ámbito cronológico y cultural, al analizar cómo usaron determinadas fibulas (Martínez Santa-Olalla, 1932b y 1933b) o en reseñas bibliográficas donde recogía los hallazgos de Herrera de Pisurga y Castiltierra (Martínez Santa-Olalla, 1932c).

Académicamente, es entonces cuando Julio Martínez Santa-Olalla consiguió un puesto de Ayudante de la Cátedra del Historia Primitiva del Hombre de la Universidad Central, siendo apoyado por Hugo Obermaier, quien ostentaba la Cátedra, además de haberle dirigido su tesis doctoral. Poco después llegó a ser Auxiliar Temporal de Arqueología, Numismática Epigrafía e Historia Primitiva (Mederos 2003-2004: 15). El puesto vacante que dejaba fue ocupado por Martín Almagro Basch (Mederos 2011-2012: 340). A partir de entonces y durante casi una década existirá entre ambos una estrecha amistad y vínculo personal e ideológico. La orientación profesional y ambiciones de Martínez Santa-Olalla se reflejan en la presentación a finales de 1932 de una propuesta para la creación de una Cátedra de Etnología, cargo que sólo consiguió parcialmente al asumir el puesto como profesor encargado, con 2/3 partes del sueldo.

Por otra parte, en 1932 Cayetano de Mergelida creaba el Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, que sirvió como vehículo de conocimiento para los jóvenes estudiantes, entre los que se encontraban Joaquín Pérez Villanueva, Antonio Tovar Llorente y Jacques Supiot. Una de las finalidades de dicho Seminario era que esos jóvenes alcanzasen conocimientos sobre el Arte, la Historia y la Arqueología a través de una metodología práctica, en la que éstos participaban en excursiones a yacimientos y museos, o colaborando en excavaciones arqueológicas. El resultado de estas prácticas se plasmaba posteriormente en memorias, reseñas de libros o artículos (Redondo, 2015: 527). En este contexto se enmarcan cuatro estudios consecutivos realizados por Jacques Supiot, basándose en los materiales cedidos por Mergelina procedentes de la necrópolis de Carpio de Tajo, más otros procedentes de las colecciones del Museo Arqueológico Nacional y de las principales privadas accesibles (Chicote de Valladolid, Valencia de D. Juan y Marqués de Cerralbo), a lo que se unía amplios ejemplos franceses. El primero de los estudios (Supiot, 1933-1934a) tuvo entre sus finalidades responder a la propuesta cronológica que defendía Hans Zeiss. El segundo (Supiot, 1933-1934b) y tercer trabajo (Supiot, 1934-1935) completaban el análisis de los broches de cinturón, mientras que el cuarto estaba dedicado a las fibulas (Supiot, 1935-

1936). A su vez, Pérez Villanueva *et alii* (1932-1933a) y (1932-1933b) publicaban hallazgos sueltos de Piña de Esqueva, para más tarde centrarse en la publicación de las dos primeras campañas de excavación de la vallisoletana necrópolis (Pérez Villanueva *et alii*, 1933-1934) y (Pérez Villanueva, 1933-1934). Los conjuntos cerámicos allí aparecidos fueron lo más destacado, así como la edición del plano cementerial de ambas intervenciones, una gran novedad metodológica, que pocas veces se repetirá.

Otro conjunto que aparece en el escenario científico fue la necrópolis de Castiltierra, cuyas primeras excavaciones científicas estuvieron dirigidas por Emilio Camps Cazorla y Joaquín María de Navascués, en sendas campañas realizadas en 1932 y 1933. A través de un pequeño estudio se divulgó los tejidos descubiertos, principalmente los procedentes de la tumba 52 (Camps, 1934). Los trabajos en el cementerio se prolongaron durante 1934-1935, quedando inéditos hasta recientemente (Arias y Balmaseda, 2015: 35-36).

Es ahora cuando Hans Zeiss vuelve a entrar en escena, primero publicando un pequeño estudio dedicado a la cronología de los broches de cinturón, basándose fundamentalmente en los hallados en el Carpio de Tajo (Zeiss, 1933a y 1933b), fruto de su estancia en España y como anticipo de su obra magna sobre la arqueología visigoda. Ésta la consiguió publicar un año después (Zeiss, 1934). Se trataba de una cuidada monografía en la que principalmente reclasificaba los broches y fíbulas a partir del trabajo que realizase Åberg. Sus diferencias en las agrupaciones, llevaba implícito cambios de asignación cronológica. La obra de Zeiss se convertirá en un catálogo por colecciones de prácticamente la totalidad de piezas conocidas, salvo los concernientes a algunos de los yacimientos —más significativos— que se estaban excavando o estaban inmersos en estudio, caso de los de El Carpio de Tajo (Toledo), Duratón y Castiltierra (Segovia). Para elaborar este trabajo durante su estancia en España conoció a diferentes arqueólogos con los que entabló amistad o vínculo profesional, caso de Martínez Santa-Olalla, Blas Taracena y Martín Almagro Basch. Martínez Santa-Olalla (1932c: 287) había recalcado que la edición sufrió retrasos en su publicación debido a la grave crisis económica alemana. La obra fue reseñada por Blas Taracena (1934) glosándola como “*primera obra fundamental acerca de la arqueología de los visigodos*”. Poco después, Zeiss (1936) publicó un resumen en castellano, lo que permitió que su esquema clasificatorio fuese ampliamente conocido y mencionado en el ámbito español.

Indirectamente, quien más contribuyó a difundir la obra de Hans Zeiss fue Martínez Santa-Olalla. De manera paralela, éste había llegado prácticamente al mismo esquema general y cronológico sobre la arqueología visigoda; recogiendo también los postulados y menciones de aquel en tres estudios, lo que se puede considerar como su sistematización. El primero (Martínez Santa-Olalla, 1934a) propuso un sencillo esquema “*de la cultura material del pueblo visigodo*”, basado en los hallazgos de Herrera de Pisuerga e Hinojar del Rey, donde concretó tres periodos (gótico, visigótico y bizantino) bajo argumentación histórica primordialmente. El segundo (Martínez Santa-Olalla, 1934b) fue un estudio más contundente, en el que se detallaron las características de los dos primeros periodos antes mencionados, estableciendo abundantes relaciones con ejemplares del sur de Rusia e individualizándolos de los hallazgos castellanos (donde describe los ajuares principales de las necrópolis de Suellacabras, Taniñe,

Deza, Herrera de Pisuerga, Carpio de Tajo). Además analizaba con profundidad los broches a partir del estudio realizado por Götze y de los distintos tipos de fíbulas, demostrando un conocimiento de los materiales peninsulares y extrapeninsulares. Aquí es donde realiza su mayor aportación, actualizando lo que ya había expuesto Götze. El tercero (Martínez Santa-Olalla, 1934c) consistió en un resumen en alemán de ambos estudios, enfocado principalmente en los tipos de broche durante los tres periodos que determinó. Además, a finales de ese año divulgó sus trabajos sobre arqueología visigoda en la Universidad de Berlín, al ser invitado para impartir una conferencia, como miembro corresponsal de la *Deutsches Archäologisches Institut* (Mederos, 2003-2004: 18).

Por otra parte, en 1935, Martín Almagro Basch se encontraba en Alemania asistiendo como becario a clases del profesor Oswald Menghin (Mederos, 2011-2012: 34), reconocido miembro activo de la NSAP, cuya obra “*Principios básicos de raza, lengua, cultura y nación*” de 1934 fue un alarde ilustrativo de sus pensamientos ideológicos (Mederos, 2004: 207). También durante su estancia alemana, Martín Almagro Basch se impregnó del ambiente pangermanista, así como de los postulados y metodología germana. Allí seguía estando el 18 de julio de 1936.

Hasta el inicio de la Guerra Civil, Martínez Santa-Olalla continuó publicando trabajos sobre arqueología visigoda en relación a los hallazgos acaecidos en Madrid (Martínez Santa-Olalla, 1933/6) o sobre las fíbulas aquiliformes (Martínez Santa-Olalla, 1936). Además seguía informándose sobre distintos conjuntos arqueológicos. En la primavera de 1936, Martínez Santa-Olalla pasó unos días en Soria, estudiando material “visigodo” de interés. Posteriormente requirió a Blas Taracena datos y fotografías de ajuares encontrados en Deza (Gómez Barrera, 2016: nota 984). También Martínez Santa-Olalla mantuvo la orientación de sus investigaciones sobre distintos aspectos arqueológicos/etnográficos de Canarias (Mederos *et alii*, 2011) y el arco Africano-atlántico (Gozalbes, 2015). Es el momento en el que su progresión profesional comenzaba a dar algunos frutos, obteniendo la Cátedra de Historia del Arte, Arqueología y Numismática de la Universidad de Santiago de Compostela.

De este momento anterior a la Guerra Civil se puede concluir que, por una parte, como bien señala Gisela Ripoll (1991: 102-3) tanto Hans Zeiss como Julio Martínez Santa-Olalla sólo modificaron ciertos aspectos de la clasificación de broches y fíbulas sobre la base que ya había establecido Åberg. Aún ello, la obra de Zeiss se consideró como el catálogo ilustrado de referencia durante largos años. Y por otra parte, la vertiginosa producción literaria de Martínez Santa-Olalla le convirtió en uno de los autores esenciales de este periodo arqueológico. Entre sus escritos sobresalía la memoria dedicada a las excavaciones de Herrera de Pisuerga. Por lo que se estima que ambos sistematizaron el esquema de la toréutica visigoda. Y también, subyace como motivación ideológica de Hans Zeiss y Julio Martínez Santa-Olalla los intentos de fortalecer lazos entre Alemania y España. Por otra parte, otras escuelas académicas, caso de la vallisoletana con Cayetano de Mergelida, o desde Madrid, con Emilio Camps Cazorla se impulsaron excavaciones de importantes conjuntos cementeriales. Sobre estos actores no se desprende un interés ideológico, mas se evidencia una pugna intelectual por el control del conocimiento de cada yacimiento. Por ello

no es asumible defender la existencia de un “*desplazamiento en los interés hacia determinados periodos*”, del “*impetu visigodo (...) frente a lo islámico*” (Díaz-Andreu, 1997: 551) tras la Guerra Civil, ya que el interés sobre la temática visigoda ya había sido anterior.

La instrumentalización de la arqueología visigoda fue posterior, como veremos a continuación, y muy concentrada en unos pocos años. Fue una relación de intereses recíprocos: por una parte jugaba la demostración de unos vínculos hacia la Germania histórica y por otra servía de trampolín para las aspiraciones y carreras profesionales. Posteriores críticas a la clasificación y concepción étnica de los objetos se han basado en el papel institucional y profesional que jugó Julio Martínez Santa-Olalla en estos años. Personaje controvertido, cuyo fuerte talante, ambición profesional y mantenimiento de su ideología política le marcaron definitivamente. Se preocupó por las circunstancias personales de determinados amigos en años muy conflictivos, mientras que se granjeaba enemigos acérrimos entre sus anteriores íntimos. Las visiones sobre él oscilan desde triviales ataques por su militancia política a semblantes muy dulcificados; sobresaliendo —en todo caso— el papel que jugó la ideología nacionalsocialista en el momento en el que hubo una fuerte activación de los trabajos hacia la cultura material “visigoda”. En ocasiones, se ha querido equiparar el comportamiento nazi y el falangista en la instrumentalización de la arqueología. Sin embargo, consideramos que se ha sobredimensionado el papel protagonista jugado por Martínez Santa-Olalla en la identificación de los caracteres visigodos. Este aspecto ya se había producido una década antes, por medio de Åberg, Mergelina o Taracena como máximos protagonistas; produciéndose una minusvaloración de las investigaciones realizadas por alguno de ellos (Olmo, 1991: 157; Tejerizo, 2011: 32-33) o directamente silenciándose su labor (Mederos, 2003-2004).

Los efectos de la Guerra Civil y la creación de la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas

La Guerra Civil obligó al posicionamiento ideológico, cuando no a la radicalización de posturas ante la crueldad, violencia, sed de venganza y la eliminación del contrincante político, por ambos lados e incluso en el mismo bando; obligando al exilio para evitar represalias y salvar la vida. E inmediatamente es cuando el protagonismo de Julio Martínez Santa-Olalla llegó a alcanzar un papel muy destacado.

Así, uno de los efectos bélicos más perniciosos fue la depuración de profesionales; que ante los vacíos ocasionados por la guerra generó despiadadas luchas por las vacantes. Ante todo supuso la purga-remoción de puestos clases en Museos y Universidades. El caso más sobresaliente en el ámbito de la arqueología fue el que protagonizó Hugo Obermaier (Mederos, 2010-2011). Su tardanza en regresar, su posterior renuncia y final abandono de España propició su inmediata sustitución, siendo ocupada la Cátedra de Prehistoria de Madrid de forma temporal por uno de sus alumnos, Julio Martínez Santa-Olalla. En el transcurso de los acontecimientos, éste no sólo no le defendió, sino que se postuló contra su círculo de poder. Su antiguo profesor se convirtió en su mayor impedimento para lograr un anhelado posicionamiento académico. A la postre esta plaza fue la más codiciada, origen de las desavenencias entre dos amigos hasta entonces. Fue una lucha por el poder y por el

control de la Universidad, que se extendió inexorablemente al resto de la arqueología, y directamente salpicó al mundo que tratamos de forma muy hostil. Esta pugna pone en evidencia también el conflicto existente entre las diferentes escuelas arqueológicas de España, donde la oposición entre partidarios de Obermaier, entre los que se encontraba Martín Almagro Basch, y los pro-Gómez Moreno, dividía al sector profesional (Mederos, 2015a).

Antes de finalizar la guerra, cuando militarmente ya parecía todo decidido, el 9 de marzo de 1939 se creaba la Comisión General de Excavaciones Arqueológicas (Medero, 2003-2004: 24). Borradores y alguna propuesta anterior habían sido esbozados por Blas Taracena. La correspondencia entre éste y Santa-Olalla tratando la orientación que debía tener la propuesta, muestra una relación de complicidad estrecha entre ambos (Mederos, 2015a: 325). A esta se unirían confesiones, consultas y colaboraciones por parte de Martín Almagro Basch (Mederos, 2004: 236-237) en relación a los proyectos de crear un Instituto de Arqueología Nacional e Imperial, germen de dicha Comisaría de Excavaciones (de abril de 1938) (Mederos, 2011-2012: 366 y 2015a: 326). A pesar de estos antecedentes, el proyecto e iniciativa final fue fraguado por Martínez Santa-Olalla. De esta manera, creaba para sí un instrumento de control sobre las excavaciones, de carácter administrativo centralizado y jerarquizado (Díaz-Andréu y Ramírez, 2001: 329). A través de la figura del Comisario General, cargo hecho a su medida, decidía a quién autorizar excavaciones y a quién dotar de financiación. Otro aspecto significativo fue el sistema de elección de aquellos que ocuparían las Comisarías Provinciales, recayendo muchas de ellas en aficionados a la arqueología. Esto permitió que se rodease de aquellos que “*parecían más dispuestos a obedecerle*” (Díaz-Andréu y Ramírez, 2001: 327) y prácticamente dejó fuera a los cuadros profesionales (Universidades y Museos). Es el momento en el que Martínez Santa-Olalla adquirió más poder, al controlar y manejar la arqueología en España a su beneplácito. La Comisión General de Excavaciones Arqueológicas perduró hasta 1955, cuando fue cesado el 2 de diciembre como Comisario General (Mederos, 2003-2004: 48); momento en el que el círculo falangista del régimen franquista ya había perdido su peso frente a los tecnócratas vinculados al Opus Dei. Esto ha sido considerado por Vera (2009: 497-500) como el ajuste de una organización anquilosada propia de una estructura postguerra civil, que evolucionó ante la nueva situación política.

Una primera consecuencia de los rápidos ascensos de Martínez Santa-Olalla, fue la aparición de los primeros roces con Martín Almagro Basch. Se debió al intento de control sobre la documentación arqueológica sita en organismos oficiales, lo que denomina Tejerizo (2012b) como control del capital científico. Concretamente, fue el caso del Archivo Iconográfico de España, que se encontraba en el Museo de Barcelona. Cuando ya Martín Almagro Basch tomó posesión como director de aquel museo no atendió la anterior orden de traslado de dicho fondo, que había sido deliberadamente retrasada (Mederos, 2011-2012: 372).

Por otra parte, también se vislumbran destellos de dignidad a través de la ayuda prestada entre colegas de distinta ideología en momentos de extrema dureza. Caso por ejemplo del suministrado por Martínez Santa-Olalla a Sánchez Albornoz (Mederos, 2014:

212-213), denotando que —en ocasiones— los vínculos de amistad fraguados antes de la guerra estuvieran por encima de ideologías.

La lucha por el control de la arqueología e institucionalización de un modelo interpretativo

Julio Martínez Santa-Olalla había obtenido dos triunfos parciales en su carrera profesional, con una sustitución temporal en la deseada Cátedra de Arqueología de Madrid y con su consabido nombramiento como Comisario General. Esta incipiente acumulación de poder le granjeó rápidamente la enemistad de antiguos íntimos amigos. Además, su fundamentalismo político se hizo muy palpable, tal y como reflejan dos acontecimientos de 1940, caso de la quema de libros con contenidos darwinistas frente a las puertas del Museo Etnológico Nacional (Mederos, 2003-2004: 21) o los panegíricos elogios dispensados al nuevo régimen, con ocasión de las reuniones que celebraba la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria (Sánchez López, 1990: 74). Sea por sus profundas convicciones ideológicas y/o por sus ambiciones profesionales, Martínez Santa-Olalla quiso acaparar las relaciones con la *Das Abnenerbe*, institución que entre sus cometidos se dedicaba a realizar excavaciones arqueológicas en busca de vínculos germanos, entre otros menesteres (Tejerizo, e. p). Aquí la arqueología visigoda tuvo un papel destacado, siendo utilizada como vehículo para progresar profesionalmente por parte de Martínez Santa-Olalla principalmente, junto a otras temáticas. Fue una instrumentalización desarrollada bajo una ideología muy concreta, que justamente en este momento parecía ser la triunfadora. Sin embargo, el Régimen Franquista como maquinaria política no tuvo a la arqueología como centro de su fundamentalismo. Prueba de ello es la escasa financiación que recibió, de la que se quejó constantemente Martínez Santa-Olalla, e incluso la negativa final de crear un *Instituto Arqueológico Nacional e Imperial*, a la semejanza de la *Das Abnenerbe*. Existían otros intereses, ideologías y protagonistas, distintos a los desarrollados en Alemania.

De esta manera, frente a una paralización generalizada de la actividad arqueológica, de forma puntual se vuelven a retomar excavaciones en distintas necrópolis “visigodas”. La primera acometida se realizó en Castiltierra (Segovia), haciéndose coincidir con la visita programada de Heinrich Himmler, los días 21 y 22 de octubre de 1940, momento en el que recorrió distintos lugares de valor simbólico-histórico-político, como el Escorial, Toledo, el Museo del Prado y el Museo Arqueológico Nacional. Allí, Martínez Santa-Olalla fue designado entre los miembros del séquito oficial, adquiriendo una singular labor como cicerone. Los contactos establecidos fueron muy fructíferos; a pesar de que se suspendió la visita planificada al yacimiento segoviano. Las críticas vertidas por José Pérez de Barradas y Domingo Fletcher Valls (encargados de dirigir los trabajos) hacia el Comisario General muestran la improvisación, prisas y falta de método con que se ordenaron estos trabajos; todo por tener el cementerio acondicionado para recibir la visita, finalmente frustrada. Los beneficios para Martínez Santa-Olalla fueron inmediatos, así se convirtió en el interlocutor preferente ante la *Das Abnenerbe*, siendo invitado para dar conferencias y visitar diferentes centros de investigación alemanes. Esto se produjo durante el mes de diciembre de 1940, además del ofrecimiento para la edición de un catálogo ilustrado sobre los godos en España.

En este contexto, Martínez Santa-Olalla seguía publicando algún estudio menor sobre arqueología visigoda, tratando otra vez las fibulas aquiliformes (Martínez Santa-Olalla, 1940-1941a) o difundiendo nuevos hallazgos acaecidos en suelo francés, como los producidos en la necrópolis de Estagel (Martínez Santa Olalla, 1940-1941b).

Por otra parte, esta colaboración supuso ciertas ventajas para la Institución alemana, como poder tener acceso a cierta documentación que les resultaba interesante en relación al origen de la población canaria (Gracia, 2008: 7-9 y 2009: 295-298). Es el momento en el que el estado nazi desplegó su red institucional creando primero el Instituto de Cultura Alemana el 22 de mayo de 1941, para dos años después en noviembre de 1943 utilizar una sala del mismo como Centro de Estudios Arqueológicos, aunque su biblioteca ya había sido abierta en 1942; ambos forman el germen de la sede del Instituto Arqueológico Alemán (Gracia, 2008: 9-10 y 2009: 301-3). El proyecto de creación venía de antiguo, paralizado por la ausencia de fondos económicos causados por el crack del 29 entre otros avatares del momento (Blech, 2002: 114). El nuevo órgano propiciaba la consolidación de la presencia y vínculos germanos, “*con el fin de investigar los restos germánicos, especialmente visigóticos*”. Para asumir la dirección del centro hubo dos conocidos candidatos: Han Zeiss, con fuertes vínculos políticos, bien relacionado con Obermaier y autor de la reconocida obra sobre toréutica visigoda y Helmut Schlunk, autor también de otro insigne estudio (Schlunk, 1947), que a la postre sería el primer director del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid (Maier y Schattner, 2010: 343). Sin embargo, las circunstancias políticas habían cambiado. Es un momento ya tardío, cuando el implacable avance militar alemán se había frenado y las derrotas en los frentes de Rusia y África vaticinaban un cambio de rumbo en la política nacional, con un paulatino prudente distanciamiento de Alemania.

A la vez, la lucha por controlar la arqueología hispana se dirimía en distintas direcciones, en las que los protagonistas tornaron sus relaciones personales desde un leve distanciamiento a una recia hostilidad. La firma de Martín Almagro Basch a la convocatoria de la Cátedra madrileña en abril de 1941, que a la postre quedó desierta, debió ser estimada como una amenaza por parte de Martínez Santa Olalla lo que ha sido considerado como el inicio de los conflictos entre ambos (Mederos, 2011-2012: 378). Pero además, otras pugnas serán expresadas públicamente de forma muy virulenta, caso de la que entabló Martínez Santa Olalla con Blas Taracena, cuando este publica su célebre Carta Arqueológica de Soria (Taracena, 1941); reseñándola Martínez Santa Olalla (1941a) con una dura e injusta crítica. Este conflicto debe entenderse como represalia dentro de otro mayor, aquél que se libraba entre diferentes organismos (caso de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria frente al C.S.I.C.) por conseguir la primacía y exclusividad de publicar estudios relativos a la Prehistoria. Blas Taracena apoyó al C.S.I.C., del que era secretario del Instituto Diego Velázquez, cuando se reestructuró la revista *Archivo Español de Arqueología* (Mederos, 2003-2004: 22). Ello impedía que la revista refundada *Atlantis*, cuyo director era Martínez Santa Olalla, no pudiese —sobre el papel— editar estudios bajo esa temática.

En el verano de 1941 se abren dos nuevos frentes para Julio Martínez Santa-Olalla. Por una parte, el concerniente a la excavación de la necrópolis de Castiltierra. El Seminario

de Historia Primitiva del Hombre, cuyo director era él mismo, solicitaba a la propia Comisaría Nacional de Excavaciones permiso de excavación, subvencionándose con 10.000 pts; junto con Antonio Molinero como Comisario Provincial. En estos trabajos participó Joachim Werner (1946) como observador del Instituto Arqueológico Alemán, quién había sido alumno de Kossinna (Mederos, 2003-2004: 18), junto al Prof. Merhart. Las excavaciones realizadas fueron extensas, exhumándose 401 tumbas. Sin embargo, el hecho de silenciar los anteriores trabajos (1932-1935) y apartar de la dirección a Emilio Camps Cazorla y José María de Navascués, serán dos argumentos utilizados contra Martínez Santa-Olalla posteriormente. Además, algunos de los objetos allí encontrados fueron remitidos a Alemania para su restauración, bajo el auspicio de la *Das Abnenerbe*, lo que a la postre ocasionó su práctica desaparición científica. Los problemas ocasionados por el traslado de los objetos, su mala conservación, la falta de documentación asociada, la ausencia de productos químicos para su restauración, más la lentitud con que se hicieron las reproducciones fotográficas propició —parece ser— la no devolución de los objetos, a pesar de los requerimientos del gobierno español. El tiempo transcurrido corrió en contra, paralelo a los avances militares y los bombardeos de los Aliados (Gracia, 2008: 10-12 y 2009: 303-307), complicando cada vez más la situación. Hoy los avatares de esos viajeros ajuares han trascendido a artículos periodísticos bastante parciales y arbitrarios.

El segundo frente fue más determinante y escabroso dentro del ámbito que tratamos, ya que se puso en juego el prestigio de sus protagonistas, debido a la complicidad o engaño en los que estuvieron involucrados o señalados. En 1940 Herbert Kuhn y Hans Zeiss habían identificado diferentes piezas falsas que dieron pie a una investigación en Alemania. A la par, Martínez Santa-Olalla comunicaba a Sievers (en misiva del 18 de junio de 1941) la evidencia de falsificaciones dentro de la colección perteneciente al industrial y alcalde de Barcelona, Miguel Mateu (Gracia, 2009: 300-1). El traslado de la información al Director General de Seguridad y las consiguientes investigaciones provocó la detención del falsificador y el descubrimiento de una red local delictiva, más una cruenta disputa entre Martínez Santa-Olalla (1941b) y Martín Almagro Basch (1941 y 1942) por atribuirse el descubrimiento e identificación de las piezas “visigodas” falsificadas. Bajo este acontecimiento subyacía otra pugna más entre ambos especialistas por la publicación del catálogo de la colección Mateu (Mederos, 2011-2012: 379). La posterior retirada de los objetos de la exposición permanente el Museo Arqueológico de Barcelona y su traslado a Madrid para su confrontación enmarañó aún más los opuestos postulados, tal y como se desprende de la sustanciosa correspondencia privada entre los máximos especialistas sobre toréutica visigoda (Julio Martínez Santa-Olalla, Hans Zeiss, y Blas Taracena). Diferentes acusaciones públicas se cruzaron, agitando el ambiente arqueológico, unido al cruce de informes internos entre Wolfram Sievers y Kurt Willvonseder. El prestigio de Martínez Santa-Olalla quedó en entredicho, paralizándose temporalmente la relación con la *Das Abnenerbe*, lo que impidió prolongar la colaboración de excavar en Castiltierra. Martínez Santa-Olalla ya no fue considerado interlocutor válido para el IAA (Maier y Schattner, 2010: 343). La gran habilidad de Martín Almagro Basch —parece ser que con el apoyo del marqués de Lozoya— de conseguir ese descrédito del enemigo

común es realmente meritoria, ya que puso en contra de Martínez Santa-Olalla a prácticamente todos sus contactos alemanes, incluso a Oswald Menghin y Hans Zeiss (Gracia, 2009: 308-323). Recordemos como tras la visita de Menghin en junio de 1942 a Barcelona, donde éste fue atendido por Martín Almagro Basch, informó muy negativamente sobre Santa-Olalla a las autoridades alemanas (Mederos, 2014: 207). Todo ello tuvo una consecuencia directa: el abandono por parte de Martínez Santa-Olalla de una de sus líneas de investigación, aquella centrada sobre la arqueología visigoda (Castelo y *et alii*, 1995: 81-82). Esto favoreció a que a partir de entonces focalizase su interés en otras temáticas, caso de su especialización africanista.

Frente a todas estas pugnas, en 1940 se edita por primera vez el volumen dedicado a la época visigoda, dentro de la magna *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal. En ella se incluyen distintos trabajos que se convertirán en referencia sobre distintos aspectos. Los que ahora nos atañen serían la periorización y caracterización del periodo (insistiendo en aspectos unitarios, o bajo la retórica oposición entre romanismo y germanismo) (Menéndez Pidal, 1940), la unificación racial (Torres y Prieto, 1940: 177-179), la arquitectura y escultura del momento (Camps, 1940) o la clasificación de los objetos de adorno personal por etapas (Ferrándis, 1940). Allí las referencias a los estudios de Zeiss y Martínez Santa-Olalla fueron escuetas, estimando sus trabajos coincidentes. Frente a ello se ensalzaba el incremento de conocimiento que suponía la Tesis doctoral realizada por Emilio Camps Cazorla (1936). Significativamente, mantuvo prácticamente la periodización establecida por aquellos. Sólo fue más explícito con respecto a Martínez Santa-Olalla al analizar las fibulas y broches de cinturón (Ferrándis, 1940: nota 26 y 27). La sencilla ordenación de contenido hizo que este capítulo se convirtiese en manual de referencia. Todo ello se ilustraba profusamente con fotografías de las excavaciones y material procedente de los trabajos que realizase Emilio Camps Cazorla y Joaquín María de Navascués en Castiltierra y otros procedentes de la necrópolis de Carpio de Tajo. Es de destacar también el ilustrativo mapa en el que se señalaban los cementerios y hallazgos de ajuar visigodo (Camps Cazorla, 1940: encarte 576-577); olvidado para la mayoría de investigadores.

En conclusión, el periodo tras la Guerra Civil es muy intenso dentro del ámbito de la arqueología visigoda. Se produjo una aceleración de excavaciones en alguno de los grandes conjuntos, unido a los intentos de colaboración con el régimen nazi, exponente de la ascensión y buen entendimiento entre miembros de Falange y el Gobierno Franquista. Para nosotros la instrumentalización de la arqueología visigoda partió de Martínez Santa-Olalla en este momento, de manera personalista, y no del estado franquista, tal y como defiende Carlos Tejerizo (e. p)¹. Para nosotros el uso particular de las concepciones históricas fue inmediatamente posterior. Sin embargo, el periodo tras la Guerra Civil se caracterizó por la confluencia de fuertes conflictos entre distintos protagonistas, debido a la consiguiente

¹ Agradecemos sinceramente al Dr. Carlos Tejerizo que nos haya permitido consultar este interesante estudio inédito, que aunque no compartamos con él algunos aspectos concretos del mismo, la visión que ofrece enriquece el conocimiento de esta temática, junto a otros estudios anteriores con perspectivas y enfoques muy similares.

depuración de cargos y su reemplazo; era la lucha por el poder. Para Mederos (2015a: 336) una segunda generación de arqueólogos, entre los que estarían Santa-Olalla, Taracena, Navascues, Pericot, García Bellido y Martín Almagro, ocuparon puestos destacados. Fue una pugna por acaparar influencia que se dirimirá en distintos frentes: la autorización y financiación de excavaciones por medio de la Comisaría, la colocación de allegados y no profesionales en distintas comisarías. Tras el declive del influjo político alemán, cuyo efecto político nacional más evidente será la neutralidad en la II Guerra Mundial y el ascenso de personajes asociados al Opus Dei y del ala monárquica a puestos claves, se producirán distintas controversias siendo la que más repercutió a la historiografía visigoda el *affaire* sobre las falsificaciones de objetos visigodos, y el consiguiente abandono por parte de Martínez Santa-Olalla de sus investigaciones sobre este mundo. La pérdida de apoyo e influjo alemán, unido al “desprestigio” interno debió hacer mella. A su vez, se consolidaba una visión institucionalizada del periodo con la edición del volumen de la *España Visigoda (414-711 de J. C.)* dentro de la Historia de España de Menéndez Pidal.

Consecuencias de la apertura política, nuevos protagonistas y triunfo académico

El cúmulo de circunstancias adversas no impidió el cese de trabajos en los grandes conjuntos cementeriales conocidos. Ya en 1941, Antonio Molinero Pérez (1971: 8) fue invitado por Martínez Santa-Olalla para excavar en Castiltierra, como director. Al año siguiente excavará otra de las grandes necrópolis, la localizada en Duratón, exhumando 128 sepulturas (Molinero, 1948). Su nombramiento como Comisario-Director de Excavaciones del Plan Nacional de Segovia y Ávila propició la continuidad de trabajos en esta necrópolis; trabajos que se ampliaron a otros cementerios seguidamente, como los de Roda de Eresma, Espirido y Madrona, entre los más renombrados. De esta manera, Molinero Pérez se convirtió en el excavador referente de necrópolis “visigodas” durante estos años, publicando distintos estudios en la siguiente década (Molinero, 1949, 1952, 1953, 1969).

El Régimen Franquista ante el nuevo escenario geopolítico mundial comenzó a realizar cambios en sus gobiernos y política internacional. A partir de septiembre de 1942, diferentes personajes políticos cercanos o vinculados al Opus Dei entran en puestos significativos, tras la destitución de Ramón Serrano Suñer. En este contexto es cuando Martín Almagro Basch consiguió la Cátedra de Historia Universal y Media de la Universidad de Barcelona (Mederos, 2011-2012: 399-400); comenzando el declive definitivo de Martínez Santa-Olalla. Poco después, durante los Congresos de Arqueología del Sudeste, celebrados entre 1946 y 1948 los viejos conflictos subyacentes entre los aficionados a la arqueología, que ocupaban los puestos de Comisarios y los cuerpos profesionales compuestos por conservadores de museos y catedráticos/profesores de Universidad, se visualizan externamente de manera muy palpable. Aquí Blas Taracena, quien desde 1941 era director del Museo Arqueológico Nacional, tuvo un papel destacado. Con respecto a la realización de excavaciones arqueológicas en cementerios de esta época, hubo un pausado continuismo. Entre 1948 y 1950, el Seminario de Historia Primitiva excavó la necrópolis de Villar de Mesa (Guadalajara), siendo publicado como escueta noticia por M.^a Victoria Martín Rocha y Ana

María Elorrieta Lacy (1947). Además; Mergelida exploró otro cementerio en Alcazarén (Valladolid) en 1944 (Mederos, 2010: 197).

También es el momento en el que Wilhelm Reinhart entra en el escenario historiográfico peninsular. Las temáticas que trató sobre el mundo “visigodo” fueron muy variadas, caso de la numismática (Reinhart, 1945a y 1947a), anillos (Reinhart, 1947a), yelmos (Reinhart, 1952a) o algunas noticias sobre la necrópolis de Duratón (Reinhart, 1952b). Pero el estudio más trascendente es aquél en el que analizó el asentamiento de los visigodos en la Península Ibérica (Reinhart, 1945b); más algún estudio de corte histórico (Reinhart, 1945c). Frente a un planteamiento sencillo en el que reconoce diferencias entre los broches de los siglos V-VI y aquellos asignados a la siguiente centuria, “*que no pertenecen a la arqueología visigoda propiamente dicha, con placas, cuyos adornos muestran una marcada influencia bizantina*” (Reinhart, 1945b: 130), se muestra un mapa donde sitúa determinados hallazgos (*Mapa de la Península con los hallazgos visigodos del siglo VI*) (Reinhart, 1945b: fig.10); interpretando la concentración territorial de localizaciones “*por razones sociales o familiares (la “Sippe”)*” (Reinhart, 1945b: 134). A la postre, este instrumento cartográfico es el que se convirtió en una novedad historiográfica, siendo reproducida constantemente en distintos trabajos, tanto de índole arqueológica como histórica respecto a los visigodos, su reino o su periodo. Fue una propuesta geográfica, que sirvió como punto de partida para interpretar el asentamiento visigodo. Sin embargo, ya expusimos en otro lugar (Dohijo, 2011: 381-382) que para su elaboración se usó alegremente datos arqueológicos de distintas cronologías y carácter, incluyendo conjuntos propios del siglo VII, además de otros de difícil comprobación (Fig. 4). Además de no incluir hallazgos conocidos de antiguo procedentes de Portugal, Extremadura, Andalucía y Levante, lo que suponía la exclusión de esas áreas dentro del espacio atribuible para localizar el asentamiento “visigodo”, con lo que no se interfería la pretendida exclusividad castellana. Bien parece que la finalidad de este artículo fue la “demostración” de una supervivencia étnica en Castilla asociada a un derecho consuetudinario y a la originalidad de una nueva lengua.

En estos años Martín Almagro Basch realizó distintos estudios sobre materiales depositados en el Museo Arqueológico de Barcelona, correspondientes a piezas procedentes del tesoro de Torredonjimeno (Almagro, 1947a y 1950a), así como sobre diferentes broches de cinturón del siglo VI (Almagro, 1947b), fibulas (Almagro, 1948-1949), o broches de placa del siglo VII (Almagro, 1950b), y otros distintos materiales (Almagro, 1953), muchos de ellos procedentes de Castiltierra y Duratón, ahondando en las falsificaciones ya conocidas. Ante todo destaca el artículo que Werner (1948) publicó sobre los broches actualmente denominados como liriformes, al asociarlos directamente con modelos bizantinos dentro del siglo VII; no mencionando ninguna referencia al componente étnico visigodo.

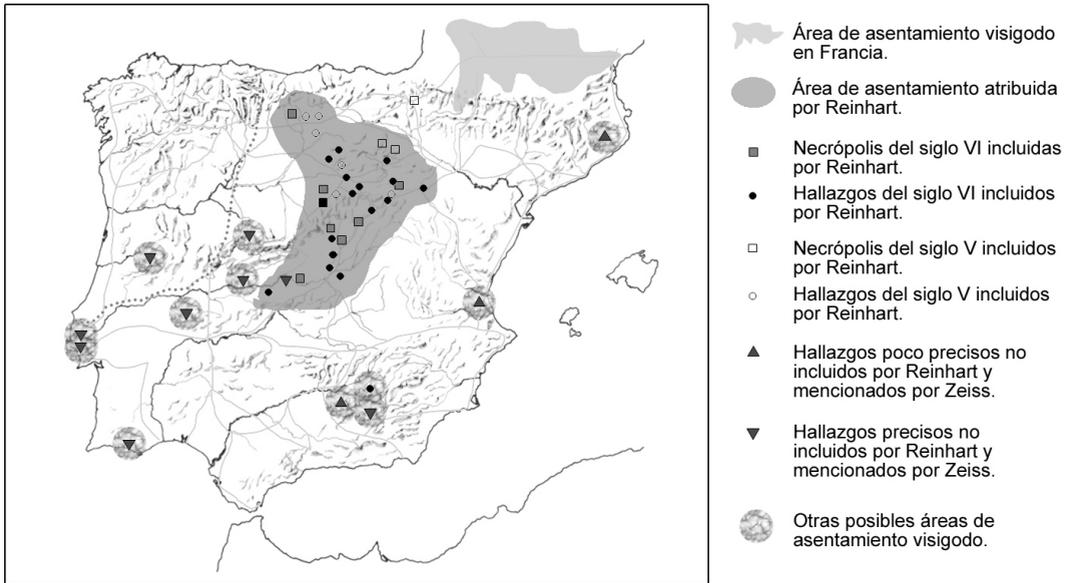


Figura 4. Interpretación del plano difundido por Wilhelm Reinhart (1945).

La obtención de la cátedra de Prehistoria de la Universidad de Madrid por Martín Almagro Basch en 1953 es la culminación de su triunfo profesional frente a su acérrimo enemigo, Martínez Santa-Olalla. Inexorablemente, un año después, Martín Almagro Basch junto con otros siete catedráticos culminará la confabulación con la que se conseguía transformar la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas y el cargo de Comisario, cambiando el sistema de gobierno por uno colegiado. Ahora la Comisaría será gobernada por académicos de diferentes universidades, que tendrán continuas desavenencias con el Inspector General, que fue mantenido por Martínez Santa-Olalla, hasta su dimisión el 26 de diciembre de 1961 (Gracia, 2008: 506). Esta transformación se produjo en un contexto favorable a cambios dentro del propio Régimen Franquista, cuando Joaquín Ruiz Giménez, asumió la cartera de Educación Nacional. Estos movimientos han sido interpretados como una línea de apertura política, con el objetivo de suavizar postura ante el acercamiento a Estados Unidos, con el fin de obtener apoyos y reconocimiento internacional.

En conclusión, con la previsible derrota alemana, el posicionamiento del Gobierno Franquista fue alejarse de sus antiguos socios, para así ir dando una imagen más dulcificada, con el fin de ser aceptado por la comunidad internacional. El cambio de puestos en Ministerios y la entrada de partidarios monárquicos y del Opus Dei afectó también a las instituciones arqueológicas y sus protagonistas. Es el momento en el que Martínez Santa-Olalla perdió paulatinamente todos sus apoyos, poder e influencia: respecto a las excavaciones de grandes conjuntos cementeriales fue sustituido por Molinero Pérez; respecto

al mundo académico Martín Almagro Basch consiguió la anhelada Cátedra de Arqueología de Madrid; y seguidamente la transformación de la Comisaría de Excavaciones supuso una nueva orientación y control de las autorizaciones y financiación arqueológicas. El trabajo de Reinhart vino a ser un apoyo a teorías muy ideologizadas, incorporando el carácter cartográfico al estudio del poblamiento visigodo; institucionalizándose una visión muy determinada de la historia y asentamiento de este pueblo.

Nuevas terminologías y visiones del fenómeno: P. de Palol

Como hemos comentado la imagen institucionalizada había sido expuesta en la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, profusamente reeditada, unido a la proporcionada por Reinhart, para el asentamiento del pueblo visigodo. De esta manera, la visión que ofrecía sobre la arqueología de elementos toreúticos no variará hasta los trabajos de P. de Palol, quién no solo se ocupará de estas temáticas sino también de la metalistería, arquitectura y escultura de este periodo.

Respecto a los elementos de la indumentaria personal, Palol ya había realizado algunos trabajos en los que se daban a conocer bronce procedentes de Cataluña (Palol, 1950a) en el que ya utilizó la nomenclatura específica “época visigoda”, u otros oriundos del sur de Francia (Palol, 1951). Sin embargo, los estudios que presentaron una nueva síntesis histórico-arqueológica adquirieron con el tiempo una mayor transcendencia, ante lo novedoso de su propuesta, que abogaba por un continuismo en el estilismo durante la Antigüedad Tardía; defendiendo que no existió una ruptura tras la entrada de los pueblos germanos. Tal es así la significación de sus planteamiento que ha sido considerado como el artífice de la denominada “Escuela de Arqueología Cristiana y Medieval” adscrita a la Universidad Central de Barcelona (Ripoll, 1991: 108) (Fig. 5).

De esta manera, con Palol se abrió un nuevo periodo, al proponer un nuevo esquema temporal-conceptual, en el que definió cada uno de los términos, incluidos algunos que hasta entonces se utilizaban con excesiva ligereza en los ámbitos artísticos o arqueológicos, caso de las voces “visigodo”, “arte visigodo” o “hispanocristianos” (Palol, 1956: 56-57). Como bien señaló el propio Palol (1950b: 239): “*En ninguna de las etapas de la evolución de la arqueología española hay más motivos de confusión y se nota más la falta de una sistematización cronológica y de terminología, que en aquella que empieza con el mundo romano decadente y termina “oficialmente” con la invasión musulmana*”. Además, insistió en la utilización del vocablo “hispanovisigodo” (Palol, 1956: 57 y 72-73), término que ya fue empleado por Camps Cazorla (1936 y 1940). Además, articuló un nuevo concepto “arte hispánico de época visigoda” (Palol, 1956: 73), con el que se incluía todo aquello relativo a los siglos V al VII, sin existir una acepción étnica. La primera propuesta la realizó en 1950, para ser argumentada posteriormente en sendos congresos internacionales (Palol, 1954 y 1956). El ensayo modificaba primordialmente la parte concerniente al siglo VII, despojándola de atributos étnicos —vinculados a los visigodos— al denominarse “hispanovisigodo”. Así, la aculturación del pueblo visigodo adquiría pleno carácter, en el momento en el que la integración social se completaba tras la unión confesional auspiciada por Recaredo. Las alusiones a un carácter germánico se

concentraron exclusivamente a elementos relativos a la fase de asentamiento, como a posteriores piezas que tuviesen influjos burgundios, contraponiéndose éstos a aquellos objetos con filiación romana. Como resultado se tuvo la definición de tres etapas arqueológicas denominadas como Arqueología paleocristiana, Arqueología visigoda y Arqueología hispanovisigoda (Palol, 1956: 74)².

Bajo este esquema seguía habiendo componentes inamovibles, caso de la conversión de Recaredo como artífice de la unión confesional y social, con repercusión en la propia indumentaria del momento, identificado como el único periodo en el que se podría hablar plenamente de una arqueología sobre el reino visigodo. Frente a ello se manifiestan “*los elementos típicos germánicos*” (Palol, 1950b: 240), que se consideraban como objetos exclusivamente usados por los visigodos y no por los “romanocristianos”. Como aspecto destacado señalaba la continuidad de talleres en los que se fabricaron complementos de la indumentaria personal; en los que se incorporaron nuevos diseños que definió como orientales, denominados usualmente como bizantinos.

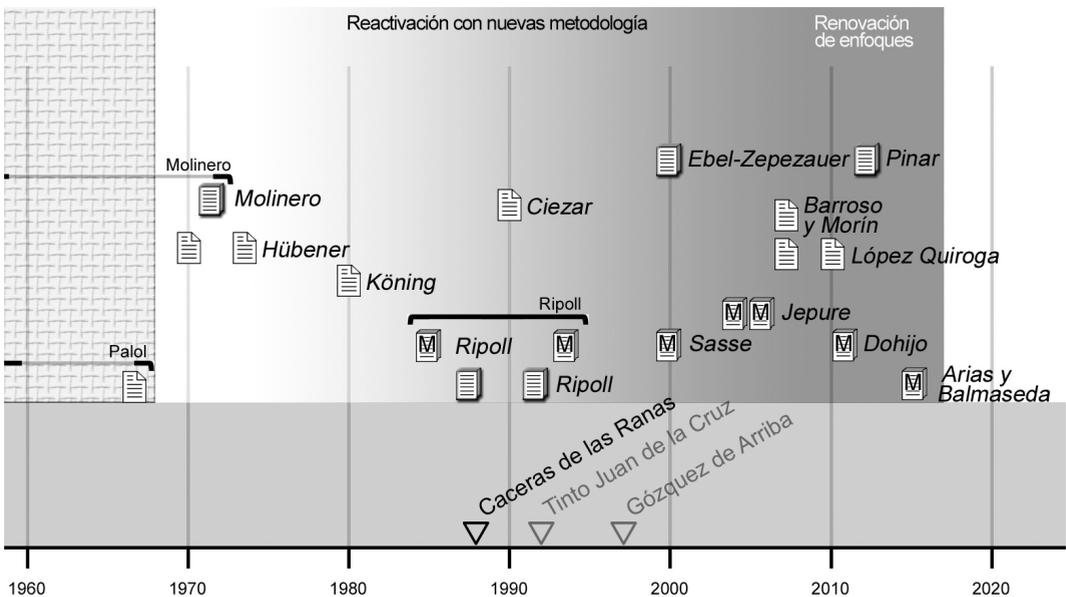


Figura 5. Cronograma que muestra la historiografía dedicada a la toréutica visigoda, desde la década de 1970 a 2010.

² Incluso en la actualidad la ambivalencia y ambigüedad en el uso de estos términos llega a ámbitos en los que debería ser mucho más estricto, ya que expresa cierta ligereza, achacable o al desconocido del tema o a su falta de especialización. Nos referimos a los temarios relativos a las convocatorias de conservadores y ayudantes de museos, en los que se incluye uno sobre “La orfebrería visigoda”, que bien podría defenderse incluso su inexistencia.

Otro de los planteamientos novedosos consistió en que distinguió entre dos conjuntos cementeriales diferentes de la meseta, separando aquellos propios de los siglos IV-V de los posteriores. Si bien primero nace su asociación a un renacer indigenista (Palol, 1950b: 12-4) junto con la presencia de *foederati*, vinculados a un supuesto *Limes Hispanicus*, para posteriormente ser transformada en una protección a las fincas de los *potentiores* (Palol, 1977: 300-1). La acuñación del término “Necrópolis del Duero” y el trasfondo histórico y arqueológico en el que se armaba, y que dio tanto juego historiográfico, fue sustancialmente modificado con posterioridad (Fuentes, 1989 y Vigil, 2015).

En relación al asentamiento y su visualización se produjo otro avance cuando Palol (1966) estableció cartográficamente una amplia recopilación de hallazgos y yacimientos de diferente índole adscritos todos a la Antigüedad Tardía. El trabajo se convirtió en referente geográfico y bibliográfico durante largos años. Respecto al carácter funerario, mostró los conjuntos vinculados al poblamiento cristiano de la Hispania Romana, con las *Necrópolis romanocristianas (mapa I)*, y a la que añadió sutilmente las *Necrópolis tardorromanas del Duero: Limitanei? (mapa II)* por su carácter romano, en el que se incorporaban —entonces— elementos identificados de tradición indígena, germánicas y renanas. Para los conjuntos relacionados con el poblamiento visigodo, expuso bajo la acepción más genérica/ compleja³ (componentes del siglo VI al VII) las *Necrópolis visigodas (mapa VI)* y los *Hallazgos dispersos de carácter visigodo (artes menores) (mapa VII)*. El número de localizaciones había aumentado considerablemente con respecto a lo establecido por Reinhart, triplicando las referencias relativas a necrópolis y duplicando las concernientes a los hallazgos sueltos *a grosso modo*. Sin embargo, la distribución cartográfica permitió asentar los postulados argüidos por Reinhart, ya que el propio Palol (1966: 13) certificó su vigencia; a pesar de que ya se percatase de que “*algunos puntos en nuestro mapa parecen disociarse del núcleo castellano*”. Las razonadas dudas que suscitaba la cartografía arqueológica ya fueron advertidas posteriormente por Jiménez de Garnica (1982: 489) quién concentraba aún más los hallazgos en la meseta central o por Díaz (1994: 446) y por García Moreno (1989: 79-80 y mapa de la p. 30), quién mantuvo el carácter racial, pero abriendo la puerta a una cohabitación poblacional, proponiendo un listado de necrópolis muy discutible (García Moreno, 1995). Sobre este aspecto ya nos hemos pronunciado anteriormente (Dohijo, 2011: 381-382). Por otra parte, es de destacar que considerase que algunas necrópolis perviviesen durante el siglo VII y otras desapareciesen, fenómenos muy poco tratados en la bibliografía especializada.

En conclusión, Palol modificó parcialmente la cartografía sugerida por Reinhart, incorporando los nuevos hallazgos y cementerios, añadiendo los excavados o descubiertos por Molinero Pérez, los explorados por la Universidad de Valladolid, así como otros aparecidos en Extremadura, Andalucía y la Costa Levantina. Pero en cambio asumió la

³ En el propio estudio (Palol, 1966: nota 1) especifica que no emplea la acepción simple del término visigodo, sino aquella que propuso en los estudios anteriores, bajo un carácter más amplio y que aquí vuelve a definir (Palol, 1966: 66-7). Sin duda, el mantenimiento del término, aunque con un significado diferente, solo seguía produciendo equívocos, a nuestro juicio justificado, como lo indicó el propio autor al señalar la apreciación que le había achacado Geza de Frankovich. Hubiese sido más explícito emplear el término “época visigoda”, vocablo que además ya había sido definido por el propio Palol.

validez general del planteamiento cartográfico realizado por Reinhart; lo que consolidó la aceptación de dicha propuesta en estudios de carácter histórico coetáneos (Orlandis, 1987 y 1988: 286-7), (Thompson, 1969: 155) y posteriores (Ripoll, 1985: fig. 5). Las concepciones esencialistas siguieron predominando con Palol, identificándose determinados objetos con el pueblo visigodo. Pero ahora se produce una delimitación mayor. Los periodos comprendidos antes de la derrota de Vouille y tras la unificación confesional de Recadero fueron despejados de connotaciones raciales y por tanto de su identificación con los visigodos. Palol insistió en el triunfo del “romanismo” frente al carácter “germanista” del arte / arqueología durante este periodo, confrontación ya recurrente en la línea interpretativa simbólica desde el siglo XIX. Por ello interpretar la estructuración periódica de Palol como aplicación inconsciente de la visión católica durante el segundo franquismo (Tejerizo, 2016: 157), creemos que sobredimensiona ese rasgo frente a la idea básica que expresó Palol en su argumentación, consistente en la confrontación de los modelos “romanista” frente a la “germanista”.

Reactivación de los estudios con nuevas metodologías cronológicas: Gisela Ripoll

Las evidentes contradicciones de este modelo fueron objeto de estudios por parte de Wolfgang Hübener y G. G. Köning, quienes propusieron distintos planteamientos que en suma no modificaban en gran medida la visión anterior. Destacaba la incorporación de nuevas vías de análisis, caso de la estratificación horizontal propuesta de algún cementerio, como el de Duratón, por parte de Hübener (1970 y 1974) o de reajustes cronológicos (Hübener, 1991), llevando algunos elementos de la indumentaria a mediados del siglo V (Köning, 1979 y 1980: 221).

A inicios de la década de los ochenta empieza la producción bibliográfica de Gisela Ripoll, centrada en el reestudio de la necrópolis de El Carpio de Tajo (Ripoll, 1985), trabajo base de su Memoria de Licenciatura, que posteriormente volvió a ser analizado tras el descubrimiento del plano de la excavación (Ripoll, 1993-1994). Sin embargo, el verdadero avance se produjo con la presentación de una nueva propuesta tipo-cronológica fundamentada en tablas correlativas (Ripoll, 1987), cuyo grueso argumental partía de un corpus no publicado editorialmente, correspondiente a su Tesis Doctoral (Ripoll, 1991). El método de tablas correlativas-complementarias cronológicas tenía su inicio en la propuesta de K. Böhner (1978) al analizar las necrópolis merovingias de Austrasia. Para el caso hispano, Ripoll (1991: 113-140) utilizó una muestra en torno a 150 ejemplares, combinando diferentes elementos, principalmente broches de cinturón, agujas y fíbulas. Introducía así análisis estadísticos de correspondencias (Contreras, 1984) a la arqueología de época visigoda. Paralelamente, Pablo Ciezar (1990) realizaba otra propuesta cronológica, también con base estadística, mostrando como en este momento la principal preocupación era establecer cronologías y secuenciación fiables a partir de los elementos de la indumentaria hallados en las grandes necrópolis, ya que era evidente que las antiguas clasificaciones dependían prácticamente de una argumentación estilística de marcado rango evolucionista.

El sistema de tablas realizadas bajo análisis correlativos ha continuado con sucesivas propuestas por parte de W. Ebel-Zepeza (2000) quién maneja una muestra de 102 conjuntos y 320 yacimientos, estableciendo cinco fases (A-E) o la más global de Joan Pinar (2012) con una revisión de unos 500 yacimientos y 4000 objetos, que propone un sistema cronológico de seis fases, secuenciando la evolución indumentaria, e identificando una veintena de modelos. Los resultados entre las diferentes propuestas marcan unas semejanzas generales, siendo las diferencias marcadas por oscilaciones en las demarcaciones temporales de cada etapa, la mayor o menor subclasificación de periodos o la cronología relativa de determinados adornos de uso personal. La precisión cronológica ha quedado supeditada a la existencia de conjuntos cerrados que porten hallazgos monetales, dentro de los sistemas de datación relativa; unido al margen de error, presentado por los sistemas de datación absoluta, que como rango estadístico establecen una horquilla temporal, que en este caso impiden poder tener precisiones mayores.

Además, el trabajo de Ripoll abrió una línea de reestudio de los grandes conjuntos funerarios. Tras ella y durante los siguientes 20 años, diferentes investigadores han vuelto a analizar conjuntos cementeriales, algunos ya estudiados con profusión, como el de El Carpio de Tajo por Barbara Sasse (2000), o los de Espirido-Veladiez y Madrona por Antonel Jepure (2005 y 2006), Castiltierra por Isabel Arias y Luis Balmaseda (2015), o los de Deza, Suellacabras y Taniñe por parte de nosotros mismos (Dohijo, 2011).

Renovación de enfoques bajo una nueva concepción etnográfica

A pesar de que sea pronto tener una visión diáfana y con perspectiva suficiente hacia donde se dirigen los estudios concernientes a la arqueología funeraria de época visigoda, Tejerizo (2012a: 42-46) ha presentado una última fase historiográfica, caracterizada por desdoblarse bajo dos modelos. Uno seguiría la línea étnico-cultural, presentando incluso matices revisionistas, encabezándola Barroso y Morín (2008) y López Quiroga (2008 y 2010). Frente a ella habría surgido una “corriente crítica”, con Quirós Castillo y Vigil Escalera (2011) como referentes, cuya base se articula en la renovación del propio concepto teórico que representa la etnogénesis. Una de sus consecuencias es la negación de relaciones entre los objetos y las etnias. Otras ideas, interesantes, que surgen en el despliegue interpretativo de este debate son por ejemplo: considerar la existencia de una diversidad grupal dentro de las poblaciones enterradas en los cementerios atribuidos tradicionalmente como visigodos; el establecimiento de conexiones entre la presencia de objetos en las tumbas con el estatus de su poseedor; o la flexibilidad de la propia etnicidad, donde los marcadores señalarían atributos de forma muy subjetiva, bajo una débil estratificación de las sociedades locales.

Recapitulación y propuesta final

Comenzábamos el estudio exponiendo las nuevas concepciones que se aplican en la actualidad a la etnia y etnogénesis; considerando que los postulados defendidos principalmente por Fernández Götzt y Ruiz Zapatero (2011) podían ser trasladados a nuestro objeto de estudio, lo que permite ofrecer nuevos planteamientos de interpretación. En todo este entramado subyacía la problemática relativa a la posibilidad de identificar la existencia de “marcadores” culturales. Nuestro planteamiento no es descartarlos a priori sin más, por prejuicios teóricos o ideológicos; sino todo lo contrario: analizar cada elemento en su contexto y en interrelación con otros, para así confirmar o descartarlos como “marcadores”. La transcendencia de ello es simplemente material. Es decir, que un grupo social utilizó como elemento distintivo étnico determinada vestimenta en la que incluían unos complementos, caso de fíbulas, brazaletes, anillos, collares, pendientes, corrajes, etc... Esto no implica una vinculación racial, más teniendo en cuenta que la etnogénesis visigoda estaría compuesta por la unión de gran cantidad de pueblos asimilados; lo que se podría definir como multietnicidad (Fig. 6).

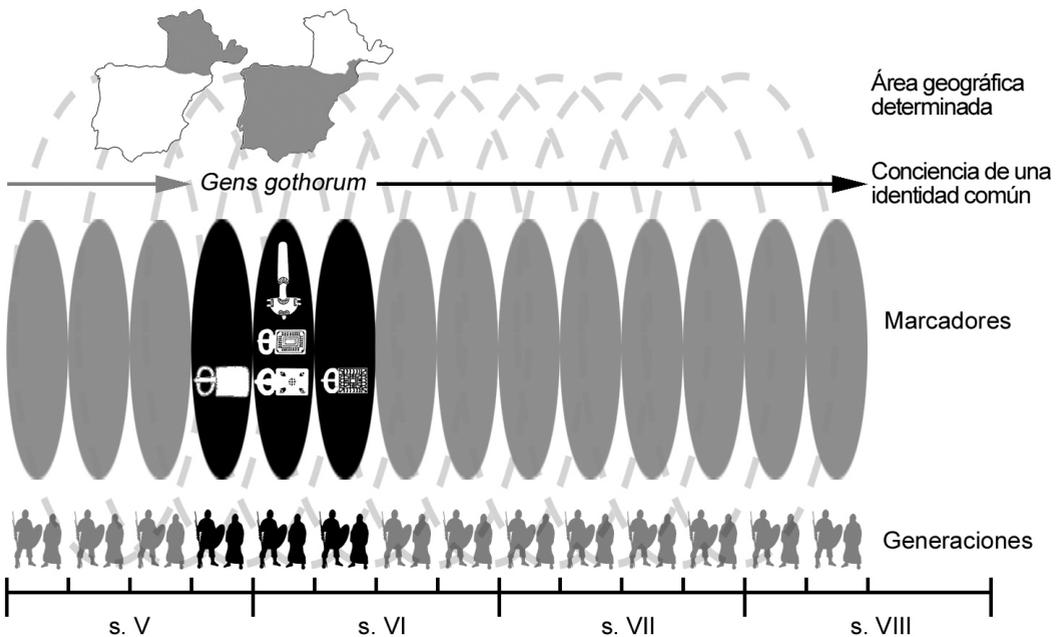


Figura 6. Propuesta de etnogénesis de la gens gothorum Spaniae con indicación de los aspectos claves, encuadrados en una línea temporal generacional.

Por ello resultaba ser primordial conocer el proceso historiográfico que había llevado a la asociación de objetos con el pueblo visigodo, a pesar de que alguna línea teórica niegue dicha relación. La línea interpretativa surcada hasta los años 20 del siglo pasado había sido incuestionable. Existían precedentes en Crimea, sur de Rusia, los Balcanes y Francia que sirvieron para identificar y vincular piezas hispanas con aquel pueblo. Las referencias hacia rasgos raciales eran prácticamente nulas, estableciéndose la simple asociación de objetos a territorios.

De esta manera, insistimos en conocer con detalle el efecto que la cultura material asociada al pueblo visigodo había causado en la historiografía específica. De ahí, que el análisis sobre ella haya tenido que ser exhaustivo en periodos concretos, debido a que en ocasiones las visiones facilitadas habían sido excesivamente parciales. El propio Lauro Olmo (1991: 157) reconoció que al tratar la historiografía del periodo visigodo se habían realizado asociaciones excesivamente simplistas, principalmente en la caracterización ideológica de aquella arqueología. Ya señalamos como se había minusvalorado el papel jugado a la hora de definir los objetos durante el primer cuarto del siglo XX, principalmente silenciando los trabajos desarrollados por Åberg y Taracena. Y por otra parte se había sobredimensionado la figura de Martínez Santa-Olalla, debido a su singular carácter personal y vínculos políticos. Además, también se ha insistido en la instrumentalización de la Arqueología Tardoantigua (*versus* Altomedieval) al servicio de la dictadura franquista (Tejerizo, 2012b) si bien ésta fue muy reducida en el tiempo, desde 1939 hasta 1941, cuando Martínez Santa-Olalla utilizó esta temática, junto a otras (canaria, africana, prehistórica) para consolidar su hegemonía como interlocutor único con Himmler y la *Das Abnenerbe*, justo en el momento en el que la preponderancia del estado nazi estaba en su cenit. Fue un medio de progresión en la carrera profesional, apuesta favorable mientras que el contexto histórico y sus contactos falangistas estuvieron ocupando puestos importantes en el régimen. Con el cambio político internacional, todo torno, escenario que repercutió también en la arqueología. Díaz-Andreu (1997: 547) defiende que el impacto de la Guerra Civil fue importante en diferentes esferas de la arqueología posterior, afectando a los ámbitos de infraestructuras, institucionales y científicos (objeto de investigación), si bien matiza el grado del mismo sobre la teoría arqueológica. Hemos mostrado que esta generalidad, en el caso de los trabajos relativos a la cultura material visigoda, no se cumple en su totalidad; siendo los matices tan significativos que obligan a incorporar otros elementos que elaboren nuevos enfoques. Por tanto, para nosotros el valor del protagonismo de esa instrumentalización política fue muy relativo, siendo más determinante la lucha por el poder y hegemonía sobre las instituciones académicas y administrativas arqueológicas, que la propia ideología en un momento muy determinado.

A partir de entonces, las concepciones esencialistas predominaron en la identificación de objetos, fruto de la corriente romántica, pasando por su instrumentalización política, en el que se establecieron simples relaciones entre objetos y una etnia. Hasta la propuesta de Palol no se transformó parcialmente estos presupuestos, despojando de connotaciones raciales a determinados periodos, lo que implícita y explícitamente suponía el mantenimiento

esencialista del momento asociado al asentamiento. El eje de confrontación conceptual se desplazó a aspectos culturales (“romanismo” frente a “germanismo”). Posteriormente los avances se produjeron en el análisis cronológico y tipológico de los objetos, ya que apenas habían evolucionado los encuadres teóricos. Ahora con la incorporación de metodologías matemáticas, caso del análisis de componentes, se establecían unos nuevos parámetros y modelos de clasificación. Por otra parte, ha ido surgiendo una corriente crítica, que niega el componente étnico a los elementos de la indumentaria.

Nosotros creemos que es posible superar estas controversias, a pesar incluso de las limitaciones con que contamos, debido al deficiente registro arqueológico de las antiguas excavaciones cementeriales. Los estudios sobre la etnogénesis realizados por Fernández Götz y Ruiz Zapatero, inmersos en nuevas corrientes de renovación (Quirós, 2011: 10) insisten en considerar que su finalidad versa en analizar los aspectos sociales vinculados al grupo étnico que se analice. En nuestro caso, el asignado al denominado pueblo visigodo, *gens gothorum*, en el momento que se asientan en la península Ibérica.

Los mecanismos por lo que ese grupo étnico adquirió cuerpo propio les servirá para su autoreconocimiento y autoidentificación (Fernández Götz y Ruiz Zapatero, 2011: 223). Las fuentes escritas reflejan ese carácter de forma visible a través de la formación de su aristocracia y consolidación de la realeza. Las relaciones y contactos entre los diferentes grupos étnicos en Crimea y posteriormente en Dacia activó esos engranajes, siendo uno de los detonantes el avance y llegada de nuevos pueblos desde las estepas. Es entonces cuando la interacción entre los distintos grupos, y no por el aislamiento, originaría su identidad étnica, como una respuesta de autodefensa (Fernández Götz y Ruiz Zapatero, 2011: 220). Esta identidad, desde que los grupos están asentados en Crimea hasta su llegada a la vieja Iberia irá transformándose, adquiriendo y despojándose de elementos materiales. Así la etnogénesis y la propia visión de la etnia vinculada a la *gens gothorum* se fue moldeando paulatinamente, no existiendo una imagen estática ni inmanente (Fernández Götz y Ruiz Zapatero, 2011: 225). De ahí, lo insostenible de mantener una pureza de sangre, étnica, racial o cultural. En este largo proceso se infieren distintos ritmos —a trompicones— sea por la visión que atisbamos del mismo o por su visibilidad más o menos perceptible y discontinua. Aunque la propia autoidentificación étnica visigoda llegó a tener un gran protagonismo social, reflejado en las anexionaciones, derrotas y victorias tribales entre diferentes “reyezuelos”, esta multietnicidad no llegaría a ser el principal eje vertebrador de la sociedad; incluso a pesar de la misión mesiánica manifestada posteriormente, con la aglutinación de una migración mítica. Allí los lazos de género, familiares (*Sippe*) y de edad tuvieron —al menos— una misma significación, más el propio vínculo a una soberanía doméstica (*Hausherrschaft*) que serviría de base sustentadora a una realeza militar (*Heerkönig*) identificada por la familia Balta. Los lazos familiares quedan reflejados en los cementerios a través de la reutilización sistemática de las fosas como nichos o de las tumbas dobles matrimoniales. En ocasiones, la transcendencia del óbito de algunos miembros de la comunidad debió de ser traumática, como refleja la tumba número 6 de Deza, donde el fallecimiento de una adolescente ocasionó el entierro con señales de un reconocible afecto (Fig. 7).

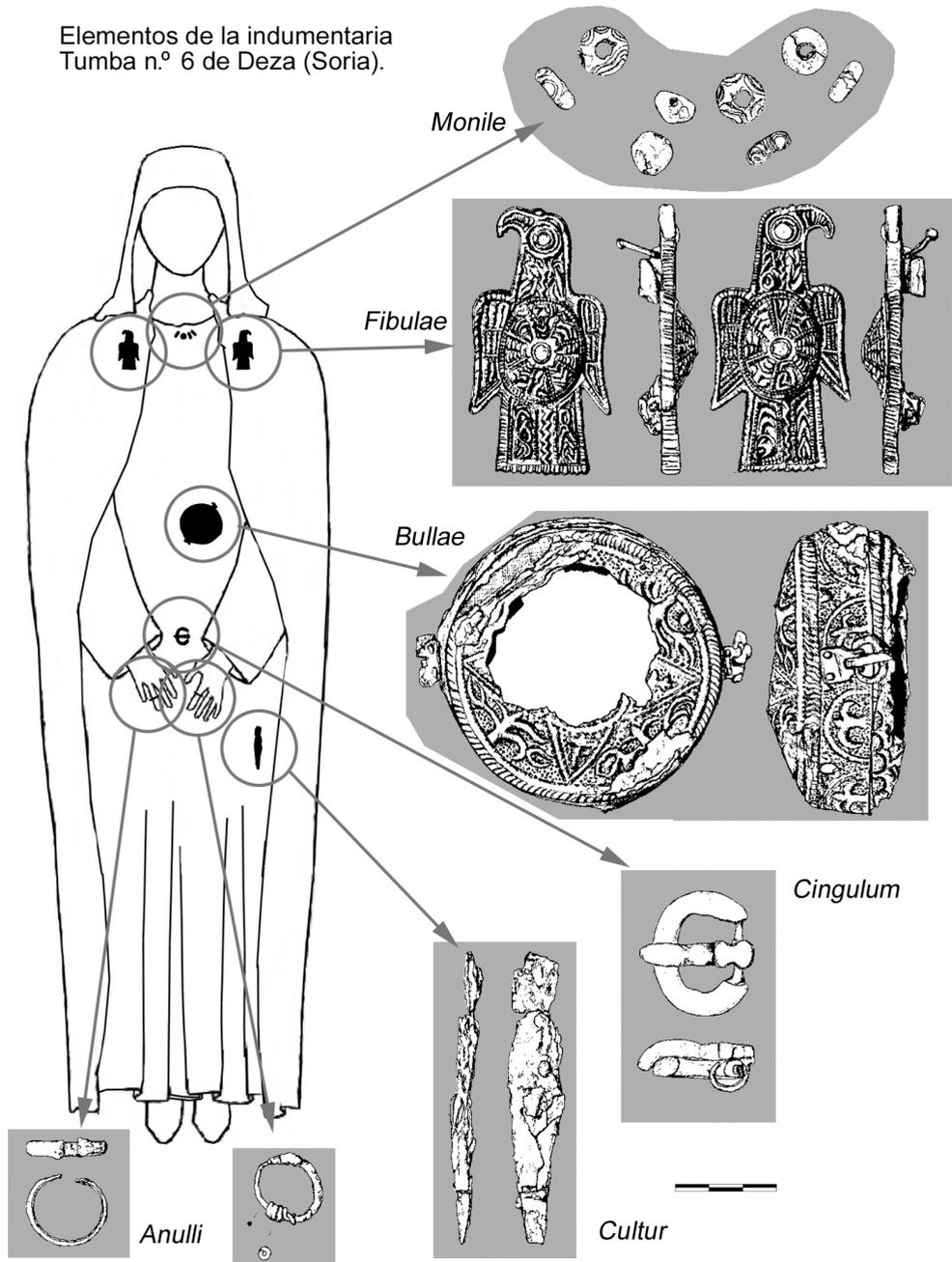


Figura 7. Reconstrucción de la inhumación número 6 de Deza (Soria), con sus elementos de indumentaria.

En suma, a través de la *Cronica Caesarangusta* se conocen los primeros asentamientos, que tras la derrota de Vouille debieron generalizarse. Los grupos de emigrantes llegados poseerían una diversidad étnica, que en su origen ya aglutinó a cuerpos sármatas, hunos entre otros en un primer momento y que posteriormente volvió a confluir con otros grupos, caso de alanos, vándalos asdingos y suevos principalmente, formando un conglomerado multiétnico bajo la denominación de *gens gothorum*. A ellos se unen vándalos y alanos tras las derrotas producidas tras la conquista y apaciguamiento del territorio hispano, por parte de Eurico. La identificación de diferentes grupos étnicos sería posible tal y como proponen Michel Kazanski y Patrick Périn (2008) que han mostrado su viabilidad para el caso en territorio francés; donde diferentes grupos de germanos y bárbaros se asentaron. O incluso más concretamente para los visigodos localizados al norte de Francia (Kazanski *et alii*, 2015) o los gépidos como ejemplo muy ilustrativo de estas interrelaciones (Kazanski, 2010). O para el momento justamente anterior, mediados del siglo V, Fernando Pérez Rodríguez-Aragón (1996 y 1997) asoció determinados objetos a la cultura de Tchernjahov aparecidos en la península.

Aquí es posible abrir un nuevo frente a través de los estudios genéticos, ya que cuando se han aplicado con una metodología correcta han ofrecido una imagen mucho más compleja de lo que se creía o esperaba sobre poblaciones tradicionalmente consideradas herméticas. Prueba de ello son los resultados que muestran una diversidad de procedencias con suficiente detalle, con orígenes variados, incluso algunos asombrosos, como los detectados y acaecidos en la necrópolis de Aldaieta (Alzualde *et alii*, 2005). Ello descarta definitivamente considerar genuinas o muy poco contaminadas poblaciones antiguas. Es decir la inexistencia de una pretendida pureza racial en poblaciones. Así uno de los rasgos poblacionales durante la Antigüedad Tardía sería la constante mezcla poblacional y su traslado por extensos territorios.

Si por una parte la información genética muestra una diversidad, por otro lado el conocimiento de cuándo se produjo el asentamiento de estos emigrantes, permitiría concretar diferentes aspectos sociales, con importantes connotaciones; no como una invasión, sino como un proceso prolongado durante al menos dos generaciones. Hasta ahora el patrón temporal era el establecido bajo unas coordenadas de calendario, dentro de una sucesión de periodos de tiempo, épocas asimiladas a determinados hechos históricos o reinados. La incorporación de la escala generacional al estudio de la etnicidad de determinadas poblaciones (Fernández Götz y Ruiz Zapatero, 2011) abre nuevos escenarios temporales. En ellos la dimensión humana adquiere cuerpo, alejándose de periodizaciones más o menos arbitrarias de carácter histórico-político, vinculadas tradicionalmente con los reinados de determinados monarcas. Este nuevo concepto cronológico es trasladable a la indumentaria que portaron esas poblaciones a lo largo de sus diferentes generaciones, como una secuencia entrelazada. Teniendo en cuenta los presupuestos en los que se determinan cuatro generaciones por siglo, es posible establecer una segmentación en el uso de determinadas vestimentas, siguiendo esa estructura segmentada; y por tanto también comenzar a situar determinadas indumentarias presentes en los cementerios, a través de los

objetos que las formaron. Sería interesante situar estos elementos bajo la escala componente temporal generacional que los fabricó, usó y/o amortizó. Es necesario tener en cuenta que en ocasiones se detectan discordancias entre esos tres estadios. En consecuencia habría que dilucidar la existencia de talleres de producción, su carácter, así como los canales de distribución. La identificación de un taller en el antiguo teatro Balbi (Roma) ha permitido replantear el carácter de estos oficios, tornando de móviles a talleres oficiales, con producciones masivas. Es un nuevo planteamiento que establece un nuevo enfoque y una nueva transcendencia al extender esa metodología al estudio y tipificación de los objetos.

El siguiente paso sería determinar la existencia de esos marcadores étnicos asociados a determinadas indumentarias concretas. Esto implica la identificación de los protagonistas, a través de los elementos que ejercieron “marcadores”, ejemplificado en la presencia de un rito de enterramiento específico y diferente a lo que se practicaba, en el que se enterraban a determinadas mujeres con un atuendo (vestimenta, peinado, como restos invisibles para la arqueología) y adornos (broches, fibulas, collares y pendientes) como restos visibles. Para Tejerizo (2012a: 43) otro de los “marcadores” señalado consistiría en la identificación de espacios funerarios del tipo *Reinhengraberfeld*; pero su aplicación creemos que es muy problemática en la Península Ibérica por las imprecisiones, generadas por la ausencia de planimetrías de los conjuntos funerarios. Algunos de estos elementos vendrían a definir una pertenencia étnica, tal y como plantearon Fernández Götz y Ruiz Zapatero (2011: 224) en su modelo teórico. Creemos que las construcciones identitarias y étnicas visigodas, como proceso social, dejaron sus huellas en el registro arqueológico, teniendo la ventaja de poder ser reconocidas e interpretadas correctamente (Fernández Götz y Ruiz Zapatero, 2011: 224). No es la simple asociación de un broche con una etnia concreta, sino analizar los múltiples niveles de interacción en los que actúan en un cementerio (relación entre tumbas, de proximidad, entre objetos), ya que en ocasiones es factible distinguir distintos niveles de integración. Uno de los más llamativos sería el uso de las *bullae*, como las aparecidas en las necrópolis de Deza y Carpio de Tajo entre otras. Estos elementos señalan una fuerte aculturación general. Posiblemente el reflejo de una sociedad compleja, en la que comenzaron a existir matrimonios mixtos, intentándose prohibir por Leovigildo para mantener una exclusividad social frente a la tendencia natural de unirse. Así, la clave estaría en reconocer los elementos materiales con significación étnica. Otro paso más se establecería en determinar cómo se comportan esos “marcadores étnicos”, si hay continuidad, interacción o integración con otros y con respecto a otros tipos de marcadores sociales (familiares y grupos sociales) (Fernández Götz y Ruiz Zapatero, 2011: 223). Hubo una irrupción de una nueva indumentaria, unida a un rito y creencias, que no es extensivo y aplicable para toda la población. Por ejemplo, estas dinámicas no aparecen en cementerios como el de Suellacabras, parcialmente coetáneos con el inicio de dicha penetración.

Este carácter étnico en el caso del pueblo visigodo pronto desapareció, se transformó, sustituyendo las ancestrales modas danubianas por otras que reflejaban vínculos burgundios y fundamentalmente orientales/bizantinos. Por lo que en poco más de dos generaciones o incluso menos se perdería el carácter de marcador étnico para estos singulares objetos. La

transformación sería cultural. En el siglo VII los marcadores ya se habrían transformado, teniendo ahora un carácter eminentemente político, indicando la pertenencia o vínculo comercial dentro de un estado. Por otra parte, la riqueza de los objetos que compondrían su adorno personal o mejor dicho para el caso que tratamos, los pertenecientes a la *gens gothorum Spaniae*, se acerca más a la “bisutería” que al concepto de joyas. Existen ejemplos ilustrativos que reflejan el estamento de algunos de sus individuos, caso de ello sería la portadora del broche hallado en la tumba n.º 2 de Deza. Allí fue enterrada una mujer con un recuerdo familiar y vínculo de parentesco y significación étnica. Además nunca reflejaría una elevada posición social, no era una alhaja. En el ámbito en el que nos movemos son excepcionales los objetos que se pueden considerar joyas, realizados en metales nobles. Por ello, aunque señalen una trascendencia social, asimilable con las agrupaciones familiares (*Sippe*), nunca serían propios de la realeza militar. Creemos pernicioso denominar estos objetos como joyas, ya que adquieren valores que no tuvieron.

El último efecto trascendente estaría en relación a cómo se produjo el asentamiento y cómo los datos proporcionados por la etnicidad pueden aportar nuevas perspectivas e interpretaciones. En este sentido, creemos primordial conocer con precisión la población que se enterró para poder intentar esclarecer distintos interrogantes, más cuando en ocasiones se intuyen fases en el uso de los cementerios. Ello podría dar pie a hacer diferenciaciones de carácter cronológico o grupal. ¿Se enterró toda la comunidad en un único cementerio o hubo distintos espacios cementeriales coetáneos? ¿Hubo integración, y a qué grado de profundidad se llegó y cuándo? ¿O cómo afectó a la *gens gothorum* los procesos de transformación hasta su equiparación a toda la población, si es que se produjo? Ciertamente que el número poblacional de éstos fue escaso, pero los fuertes vínculos de su estructura social les proporcionó ventaja para mantener en el poder a su élite, como aristocracia real.

Creemos que igual de importante es dilucidar los mecanismos que produjeron el asentamiento de la población emigrante. La *Cronica Caesarangustana* nos habla de la entrada de una población y a la vez distintas fuentes jurídicas nos señalan un reparto de tierras (García Moreno, 1983). Consideramos primordial indagar sobre cómo los restos arqueológicos pueden intentar dilucidar sobre cómo se produjo ese reparto, en sus diferentes facetas: social, de propiedad y territorial principalmente. Palol (1966: nota 11) ya se preguntó sobre cómo se puso en práctica la distribución de las tercias antes del 494-497 en *Hispania* y si es que en estas fechas los pactos entre Valia y Constancio aún estarían vigentes. Se basaba en el estudio de García Gallo (1940-1: 42-46) quién defendió un reparto desigual a partir del régimen de *Hospitalitas* aplicado bajo Eurico. Se ejecutaría en los grandes latifundios y solo a determinados propiedades (García Gallo, 1940-1941: 45). El reparto se denominaría para los godos como *sorte* y para la parte hispanorromana como *tertius*; en la que se incluirían tanto áreas de labranza como bosques. Ésta discordancia mostraría las diferencias sociales narradas en las diferentes fuentes coetáneas. Pero además, nos señala otro interrogante: ¿Quiénes fueron los *honorati* y *possesores* despojados de parte de sus bienes? Pudieron ser los perdedores del derrocamiento del sistema político anterior, aquellos que defendieron el Poder Imperial, personificado en Didimo, Veriniano; Lagonio y Teodosiolo. En ocasiones, se les ha

vinculado como miembros de la familia imperial o con vínculos con ellos. ¿Serían sus *fundus* los que fueron repartidos?

A su vez, la distribución geográfica de las distintas necrópolis y hallazgos atribuidos a los visigodos ha marcado diferentes pautas de interpretación, muchas de ellas bajo una dirección legitimista del poder. Sin embargo, se ha olvidado el enfoque microespacial. Pocas veces se ha vinculado los asentamientos con los *municipia* o sus *ciuitates*, que aún se mantenían, o que se habían transformado en *castra*. Para el caso que nosotros hemos analizado más en profundidad, este tipo de hallazgos se asocian al ámbito de influencia inmediato de estos antiguos centros de poder, al establecerse en sus *suburbia* u ocupando parte de los antiguos Foros. La pretendida exclusividad meseteña sólo ha hecho enmascarar la interpretación geográfica. En alguna ocasión el enlace entre las ciudades (las vías de comunicación) cobró más protagonismo que los propios centros neurálgicos; adquiriendo un papel geoestratégico como una necesidad política visigoda (García Moreno, 1995), cuando el verdadero valor estratégico lo adquieren los asentamientos.

Sólo nos queda insistir en otro aspecto geográfico-social, si unimos dos componentes: la localización de los *fundus* que fueron repartidos con el carácter de sus posibles *posesores*. Si como parece el asentamiento fue dirigido intencionalmente, ya que parece existir un patrón geográfico, con concentración de hallazgos y vacíos significativos, y además no fue generalizado, se discriminó unas propiedades de otras, qué papel jugó la presencia de la *gens gothorum* en este mecanismo y es posible relacionar geográficamente la disposición de los mismos con los antiguos dominios de aquellos obligados a aceptar la *Hospitalitas*. ¿En suma, fueron las propiedades privadas de los defensores y de la familia de Teodosio las repartidas?

BIBLIOGRAFÍA

- AGAPITO Y REVILLA, J. (1902): *La basílica visigoda de San Juan Bautista en Baños de Cerrato (Palencia)*. *Apuntes crítico-artístico*. Valladolid.
- AGUILERA Y GAMBOA, E. (Marqués de Cerralbo) (1909): *El Alto Jalón, Descubrimientos arqueológicos*. Madrid.
- AGUIRRE, L. (1891): “Una excursión a Suellacabras”. *El Noticiero de Soria*. Septiembre 1891, pp. 74-5.
- ALMAGRO BASCH, M. (1941): “Algunas falsificaciones visigodas”. *Ampurias*, 3, pp. 3-12.
- (1942): “Sobre las falsificaciones visigodas”. *Archivo Español de Arqueología*, 15 (47), pp. 174.
- (1947a): “Los fragmentos del tesoro de Torredonjimeno, conservados en el Museo Arqueológico de Barcelona”. *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 7, (1946), pp. 64-75.
- (1947b): “Museo Arqueológico de Barcelona: II Materiales visigodos del Museo Arqueológico de Barcelona”. *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 8. Madrid 1948, pp. 56-77.
- (1948-1949): “Museo Arqueológico de Barcelona: II Fíbulas de arco visigodas del Museo de Barcelona”. *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 9-10 Madrid, pp. 32-47.
- (1950a): “Nuevos fragmentos del tesoro de Torredonjimeno (Jaén)”. *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 9-10 (1948-9), pp. 200-203.

- (1950b): “Museo Arqueológico de Barcelona: materiales visigodos del Museo Arqueológico de Barcelona. Las hebillas de cinturón de bronce”. *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 11. Madrid, pp. 13-23.
- (1953): “Museo Arqueológico de Barcelona: II materiales visigodos”. *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 11-12, pp. 148-157.
- AMADOR DE LOS RÍOS, J. (1861): *El arte latino-bizantino en España y las coronas visigodas de Guaraazar*. Madrid.
- (1899): “Memorias arábicas de Alcalá de Henares”. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 3, pp. 849-661.
- (1901): “Fíbulas de bronce de cinturón de la época de la invasión germánica en España”. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 5, pp. 151-155.
- ANSOLEAGA, F. DE (1915): *El cementerio franco de Pamplona*. Pamplona. 40 pp. *Revista de Arquitectura y Construcción*, XIX, n.º 272: pp. 49-65 y n.º 273: pp. 73-86. Barcelona.
- (1916): “El cementerio franco de Pamplona”. *Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra*, n.º 25: pp. 15-23; n.º 26: pp. 71-79 y n.º 27: pp. 131-135.
- ÅBERG, N. (1922): *Die Franken und Westgoten in der Völkerwanderungszeit*. Uppsala, Leipzig, París.
- ARIAS SÁNCHEZ, I. y BALMASEDA MUNCHARAZ, L. J. (2015): *La necrópolis de época visigoda de Castilierra (Segovia) Excavaciones dirigidas por E. Camps y J. M.ª de Navascués, 1932-1935 Materiales conservados en el Museo Arqueológico Nacional. Tomo I: Presentación de sepulturas y ajuares*.
- ALZUALDE, A. et alii (2006): “Insights Into the “Isolation” of the Basques: mtDNA Lineages from the Historical Site of Aldaieta (6th-7th Centuries AD)”. *American Journal of Physical Anthropology*. DOI 10.1002/ajpa.20375, www.interscience.wiley.com, pp. 2-11.
- BARRIERE-FLAVY, C. (1892): *Etude sur les sépultures barbares de l'époque wisigothique dans le midi de la France*. Toulouse. P. E. Privat. 1 vol. (p. 333-338).
- (1893): *Études sur les sépultures barbares du midi et de d'Oest de la France: industrie wisigothique*. Toulouse. P. E. Privat.
- (1894): Note sur six stations barbares d'époque mérovingienne découvertes dans le Sud-Ouest. Toulouse.
- (1899): *L'archéologie barbare dans le département de Saone et Loire pendant la période burgonde*. Mémoire présenté au congrès archéologique de France, Mâcon, 1899. Macon. Protat frères.
- (1901): *Les arts industriels des peuples barbares de la Gaule du V^{me} au VIII^{me} siècle*. Tomo I, Étude archéologique, historique et géographique. Tomo II, Répertoire général des stations barbares de la Gaule. Tomo III, Album. Toulouse. Ed. Privat.
- BARROSO CABRERA, R. y MORIN DE PABLOS, J. (2008): “El mundo funerario en Hispania en el siglo VI”. *El Tiempo de los Bárbaros Pervivencias u Transformación en Galia e Hispania (Ss V al VI d.C.)*. Alcalá de Henares. Museo Arqueológico Regional, pp. 392-409.
- BARON DE BAYE, M. (1892): “La bijouterie des Goths en Russie”. *Mémoires de la Société des Antiquaires de France*, T. 51, pp. 359-372.
- (1906): “Les Goths de Crimée”. *Mémoires de la Société des Antiquaires de France*, t. 66, pp. 255-269.
- (1908): “Les tombeaux des Goths en Crimée”. *Mémoires de la Société des Antiquaires de France*, t. 67, pp. 73-114
- BERTHELIER, N. (1994): “La nécropole mérovingienne de Grigny (Essonne).” *Bulletin archéologique du Vexin français* 27, pp. 75-80.

- BLECH, M. (2002): "Las aportaciones de los arqueólogos alemanes a la arqueología española". En QUERO CASTRO, S. y PÉREZ NAVARRO, A. *Historiografía de la Arqueología Española. Las Instituciones. Serie Cursos y Conferencias*, 3. Museo de San Isidro, pp. 83-119.
- BÖHME, H. W. (1978): "Tombes germaniques des IV^e et V^e siècles en Gaule du Nord Chronologie - Distribution - Interprétation". *II Colloques Archéologique de la IV^e section de L'Ecole Pratique des Hautes-Etudes, Paris 1973*, pp. 21-38.
- CABALLERO, L., MATEOS P. y UTRERO, M.^a Á. (eds.) (2009): *El siglo VII frente al siglo VIII. Arquitectura*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, L.
- CABALLERO ZOREDA, L. y MORENO MARTÍN, F. J. (2016): "Sobre la dimensión epistemológica e histórica de una propuesta historiográfica. El modelo explicativo mozarabista". *Im Schnittpunkt der Kulturen. Architektur und ihre Ausstattung auf der Iberischen Halbinsel im 6.-10./10. Jahrhundert*. Vervuert-Iberoamerica, pp. 299-330.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1912): *Catálogo Monumental de España. Soria*. Tomo IV.
- CAMPS CAZORLA, E. (1934): "Tejidos visigodos de la Necrópolis de Castiltierra". *Annuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*, II, pp. 87-96.
- (1936): *Arte hispanovisigodo (ensayo de síntesis)*. Tesis doctoral. Madrid.
- (1940): "El arte hispanovisigodo". En MENÉNDEZ PIDAL, R. (dir.) *Historia de España. T. III. España Visigoda (414-711 de J. C.)*. Espasa Calpe, pp. 435-608.
- CARBÓ GARCÍA, J. R. (2004): "Godos y Getas en la historiografía de la tardo antigüedad y del medievo: un problema de identidad y de legitimación socio-política". *Studia historica, Historia Antigua*, 22, pp. 179-206.
- CASTELO RUANO, R., CARDITO ROLLÁN L., PANIZO ARIAS, I. y RODRÍGUEZ CASANOVA, I. (1995): *Julio Martínez Santa Olalla. Crónicas de la cultura arqueológica española*. Madrid.
- CIEZAR, P. G. (1990): "Sérieration de la nécropole wisigothique de Duratón Ségovie, (Espagne)". *Histoire & Mesure*, V, 1/2, pp. 107-144.
- CONTRERAS CORTÉS, F. (1984): "Clasificación y tipología en Arqueología. El camino hacia la cuantificación". *Cuadernos de la Universidad de Granada*, 9, pp. 327-385.
- DÍAZ, P. C. (1994): "La ocupación germánica del valle del Duero, un ensayo interpretativo". *Hispania Antigua*, XVIII, pp. 457-476.
- DÍAZ-ANDREU, M. (1997): "Prehistoria y Franquismo". En MORA, G. y DÍAZ-ANDREU, M. (eds): *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del Marco Institucional de la Arqueología en España*. Málaga, pp. 547-553.
- DÍAZ-ANDREU, M. y RAMÍREZ SÁNCHEZ, M. E. (2001): "La Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas (1939-1955). La administración del patrimonio arqueológico en España durante la primera etapa de la dictadura franquista". *Complutum*, 12, pp. 325-343.
- DOHIJO, E. (2011): *La Antigüedad Tardía en el Alto Valle del Duero*. BAR International Series 2199. Archaeological Studies on Late Antiquity and Early Medieval Europe (A.D. 400-1000) Monographs III.
- EBEL-ZEPEZAUER, W. (2000): *Studien zur Archäologie der Westgoten vom 5.-7. Jh. N. Chr.* Iberia Archaeologica, 2.
- FERNÁNDEZ GODÍN, S. y PÉREZ DE BARRADAS, J. (1931): "Excavaciones en la necrópolis visigoda de Daganzo de Arriba (Madrid). Memorias de los trabajos de 1930". *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas*, 114.
- FERNÁNDEZ GÖTZ, M. A. (2008): *La Construcción Arqueológica de la Etnicidad*. A Coruña.

- (2009a): “La etnicidad desde una perspectiva arqueológica: propuestas teórico-metodológicas”. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II. Historia Antigua*, t. 22, pp. 177-199.
- (2009b): “Gustaf Kossinna: Análisis crítico de una figura paradigmática de la arqueología europea”. *Arqueoweb. Revista sobre arqueología en internet*, 11.
- FERNÁNDEZ GÖTZ, M. A. y RUIZ ZAPATERO, G. (2011): “Hacia una Arqueología de la Etnicidad”. *Trabajos de Prehistoria*, 68, n.º 2, julio-diciembre 2011, pp. 219-236.
- FEHR, H. (2001): “Hanz Zeiss, Joachin Werner und die archäologischen forchungen sur Merowingerzeit”. *Eine hervorragende Wissenschaft*, pp. 311-415.
- FERRÁNDIS TORRES, J. (1940): “Artes decorativas visigodas”. En MENÉNDEZ PIDAL, R. (dir.) *Historia de España. T. III. España Visigoda (414-711 de J. C.)*. Espasa Calpe, pp. 612-666.
- FUENTES DOMINGUEZ, A. (1989): *La necrópolis Tardorromana de Albalate de las Nogueras (Cuenca), y el problema de las denominadas "Necrópolis del Duero"*. Cuenca.
- GARCÍA BELLIDO, A. (Editor)/ GARCÍA BELLIDO, M.ª PAZ (texto) (1993): *Álbum de dibujos de la colección de bronceos antiguos de Antonio Vives Escudero*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XIII.
- GARCÍA GALLO, A. (1940-1941): “Notas sobre el reparto de tierras entre visigodos y romanos”. *Hispania*, I, 4, pp. 40-63.
- GARCÍA MORENO, L. A. (1983): “El término "sors" y relacionados en el "Liber Iudicum". De nuevo el problema de la división de las tierras entre godos y provinciales”. *Anuario de Historia del Derecho Español*, LIII, pp. 137-175.
- (1989): *La Historia de España Visigoda*. Ed. Cátedra. Madrid.
- (1995): “Los godos y los orígenes de Castilla. Unas notas críticas”. *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 28, pp. 89-100.
- GARÍN MODET, I. (1913): “Hebillas epigráficas cristianas del siglo V halladas en Ortigosa de Cameros (Logroño)”. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXIII, pp. 105-6.
- GÖTZE, A. (1907): *Götische Snallen. Germanische Funde aus der Völkervanderungszeit*. Edit. Wasmuth. Berlín.
- GÓMEZ-MORENO, M. (1906): “San Pedro de La Nave. Iglesia visigoda”. *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, IV, pp. 365-372.
- GÓMEZ BARRERA, J. A. (2016): *Blas Taracena Aguirre (1895-1951)*.
- GOZALBES CRAVIOTO, E. (2015): “Arqueología española para un nuevo régimen: Martínez Santa-Olalla y el norte de Marruecos”. *Onoba: revista de arqueología y antigüedad*, n.º 3, pp. 3-14.
- GRACIA ALONSO, F. (2008): “Relations between Spanish Archaeologists and Nazi Germany (1939-1945). A preliminary examination of the influence of Das Ahnenerbe in Spain”. *Bulletin of the History of Archeology*, 18, 1, pp. 4-24.
- (2009): *La arqueología durante el primer franquismo (1939-1956)*.
- GUTIÉRREZ DOHIJO, E. (2002): “La necrópolis de Suellacabras: la Memoria realizada por la Comisión de Monumentos Provinciales en 1868”. *I Congreso de Arqueología Militar Romana en Hispania*, Noviembre de 1998. *Arqueología Militar Romana en Hispania, Anejos de Gladius*, 5, pp. 671-683.
- HEISS, A. (1872): *Description générale des monnaies des rois visigoths d'Espagne*. Paris. Imprimerie Nationale.
- HÜBENER, W. (1970): “Zur Chronologie der Westgotenzeitlichen Grabfunde in Spanien”. *Madridrer Mitteilungen*, 11, pp. 187-211.
- (1974): “Problemas de las necrópolis visigodas españolas desde el punto de vista centroeuropeo”. *Miscelánea Arqueológica*. XXV Aniv. Cursos Intern. Preh. y Arq. en Ampurias (1947-1971). Barcelona, pp. 361-378.

- (1991): “Testimonios arqueológicos de los visigodos en España”. En PERIN P. (ed.) *Gallo-Romains, Wisigoths et Francs en Aquitaine, Septimanie et Espagne*. Actes des VIIe Journées internationales d'archéologie mérovingienne de Toulouse, 1985, Rouen, 1991, pp. 136-139.
- JEPURE, A. (2005): *La necrópolis de época visigoda de Espirido-Veladiez*. Junta de Castilla y León.
- (2006): *Das westgotenzeitliche Gräberfeld von Madrona (Segovia, Spanien)*. Inaugural-Dissertation zur Erlangung der Doktorwürde der Philosophischen Fakultät I der Julius-Maximilians-Universität zu Würzburg und der Philosophischen Fakultät der U. Autónoma de Madrid.
- JIMÉNEZ DE GARNICA, A. M.^a (1982): “Los primeros establecimientos permanentes de visigodos en España”. *Hispania*, 52, pp. 485-503.
- JONES, S. (1997): *The Archaeology of Ethnicity. Constructing Identities in the Past and Present*. London.
- KAZANSKI, M. (2010): “Les gepides en Gaule”. En Magureanu, A. y Gáll, E. *Between the Steppe and the Empire*. Archeological Studies in honour of Radu Harhoiu at 65th Anniversary, pp. 127-139.
- KAZANSKI, M. y PÉRIN, P. (2008): “Identité ethnique en Gaule à l'époque des Grandes Migrations et des Royaumes barbares: étude de cas archéologiques”. *Antiquités Nationales*, 39, pp. 181-216.
- KAZANSKI, M., MASTYKOVA, A y PÉRIN, P. (2015): “Les wisigoths en Gaule du nord d'après les données de l'archéologie: état des recherches”. *Tractus Aevorum*, 2 (1), pp. 45-87.
- KÖNING, G.G. (1979): “Die Westgoten”. En Propyläen-Kunstgeschichte. T. IV supp., ROYH, H.G. *Kunst der Völkerverwanderungszeit*. Berlin, pp. 140-152.
- (1980): “Archäologische Zeugnisse westgotischer Präsenz im 5. Jahrhundert”. *Madridrer Mitteilungen*, 21, pp. 220-247, lám. 59-88.
- LALINDE ABADÍA, J. (1990): “¿Godos o visigodos en España?” *Anuario de historia del derecho español*, n.º 60, pp. 655-690.
- LÓPEZ QUIROGA, J. (2008): “*Gentes Barbarae*. Los bárbaros, entre el mito y la realidad”. *Antigüedad y Cristianismo (Murcia)* XXV, pp. 13-236.
- (2010) *Arqueología del mundo funerario en la Península Ibérica (siglos V-X)*. Biblioteca Básica, 3. La Ergastula ediciones.
- MARTÍN ROCHA, M.^a V. y ELORRIETA LACY, A. M. (1947): “El cementerio visigodo de Villed de Mesa (Guadalajara)”. *Cuadernos de Historia Primitiva*, I, pp. 54-56.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1931): “Sobre algunos hallazgos de bronce visigóticos en España”. *IPEK. Jahrbuch für Prähistorische und Ethnographische Kunst*, 7. Berlin, pp. 57-60.
- (1932a): “Gustav Kossinna”. *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 11/1, pp. 7-8.
- (1932b): “Sobre cómo usaron la fibula los visigodos”. *Investigación y Progreso*, 6, pp. 178-180.
- (1932c): “Walter Veeck, Die Alamannen in Württemberg, Berlin und Leipzig 1931”. *Archivo Español de Arqueología*, VIII, 1934, pp. 285-288.
- (1933a): “Excavaciones en la necrópolis visigoda de Herrera de Pisuerga (Palencia)”. *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas*. Madrid.
- (1933b): “Zur Tragweise der Bügelfibel bei den Westgoten”. *Germania*, 17. Berlin, pp. 47-50.
- (1933-1935): “El cementerio visigodo de Madrid (Capital)”. *Anuario de Prehistoria Madrileña*, IV-V-VI, pp. 167-174.
- (1934a): “Esquema de arqueología visigoda”. *Investigación y Progreso*, 7, pp. 103-109.
- (1934b): “Notas para un ensayo de sistematización de la arqueología visigoda en España. Periodo godo y visigodo”. *Archivo Español de Arte*, X, pp. 139-176.

- (1934c): “Chronologische Gliederung des westgotischen Kunstgewerbes in Spanien”. *Jahrbuch für Prähistorische und Ethnographische Kunst*, Berlin-Nueva York, Walter de Gruyter, 9. IPEK, pp. 44-50.
- (1936): “Westgotische Adlerfibeln aus Spanien”. *Germania*, 20, pp. 47-52.
- (1940-1941a): “Nuevas fíbulas aquiliformes hispano-godas”. *Archivo Español de Arqueología*, XIV, pp. 33-54.
- (1940-1941b): “El cementerio hispanovisigodo de Estagel”. *Archivo Español de Arqueología*, XIV, pp. 129-131.
- (1941): “Recensión de B. Taracena Aguirre”. *Atlantis. Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*. Noticiario, 16/3-4, pp. 506-513.
- (1941): “Joyas visigodas falsas en el Museo Arqueológico de Barcelona”. *Atlantis. Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*. Noticiario, XVI/1-2, pp. 192-193.
- (1978): *Historia del arte y de la cultura*. Madrid. Gráficas Europa.
- MAIER ALLENDE, J. (2008): “La enseñanza de la Arqueología y sus maestros en la Escuela Superior de Diplomática”. *Revista General de Información y Documentación*, 18, pp. 173-189.
- MAIER ALLENDE, J. y SCHATTNER, T.G. (2010): “El instituto Arqueológico Alemán y la arqueología de la península Ibérica”. En Rebok, S. (coord.) *Trasparar fronteras: un siglo de intercambio científico entre España y Alemania*. C.S.I.C, pp. 329-358.
- MEDEROS MARTÍN, A. (1999): “El joven Bosch Gimpera y la primera restructuración de la Prehistoria en España”. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LV, pp. 9-28.
- (2003-2004): “Julio Martínez Santa Olalla y la interpretación ariana de la Prehistoria de España (1939-1945)”. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LXIX-LXX, pp. 13-57.
- (2004): “Martín Almagro Basch y la consolidación de la Prehistoria en España (1938-1981)”. En Quero, S. (ed.): *Historiografía de la Arqueología Española. II. Precursores y Maestros* (Madrid, 2004). Museo de los Orígenes. Madrid, pp. 235-267.
- (2010): “Cayetano de Mergelina, catedrático de arqueología y director del Museo Arqueológico Nacional”. *Boletín de la Sociedad de Arte y Arqueología, Arqueología*, LXXVI, pp. 179-212.
- (2010-2011): “Hugo Obermaier, el duro camino hacia la cátedra de historia primitiva del hombre (1877-1922)”. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 46, pp. 237-261.
- (2011-2012): “Martín Almagro Basch, formación y consolidación como Catedrático de Prehistoria (1911-1943)”. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, Arqueología*, n.º 77-78, pp. 335-416.
- (2013): “La etapa final de los arqueólogos de la Escuela Superior de Diplomática: José Ramón Mélida, Catedrático de Arqueología y Director del Museo Arqueológico Nacional (1912-1930)”. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, Arqueología*, n.º 79, pp. 177-225.
- (2014): “El espejismo nacional-socialista. La relación entre dos catedráticos de Prehistoria, Oswald Menghin y Julio Martínez Santa-Olalla (1935-1952)”. *Trabajos de Prehistoria*, 71, n.º 2, julio-diciembre 2014, pp. 199-220.
- (2015a): “Tiempos difíciles. Blas Taracena Aguirre, depuración y ascenso a director del Museo Arqueológico Nacional”. En García Sánchez, Jorge; Mañas Romero, Irene; Salcedo Garcés, Fabiola (eds.): *Navigare necesse est. Estudios en homenaje a José María Luzón Nogué*, pp. 320-332.

- (2015b): “Rodrigo Amador de los Ríos, trayectoria profesional y dirección del Museo Arqueológico Nacional (1911-16)”. *SPAL: Revista de prehistoria y arqueología de la Universidad de Sevilla*, 24, pp. 183-209.
- MEDEROS MARTÍN, A. y ESCRIBANO COBO, G. (2011): *Julio Martínez Santa-Olalla, Luis Diego Cuscoy y la Comisaría Provincial de Excavaciones. Arqueológicas de las Canarias Occidentales. (1939-1955)*. Canarias Arqueológicas, 5. Monografías.
- MÉLIDA Y ALINARI, J. R. (1911): “Los bronce ibéricos y visigodos de la colección Vives para el Museo Arqueológico Nacional”. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, vol. 23. Julio a Diciembre de 1910, pp. 484-487.
- (1913): “Adquisición de los bronce ibéricos y visigodos de la colección Vives para el Museo Arqueológico Nacional”. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, vol. 29. Nov- Dic., nos. 11 y 12, pp. 453-455.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. (1940): “Introducción”. En Menéndez Pidal, R. (dir.) *Historia de España. T. III. España Visigoda (414-711 de J. C.)*. Espasa Calpe, pp. V-LV.
- MERGELIDA, C. de (1949): “La necrópolis de Carpio de Tajo. Notas sobre ajuar en sepulturas visigodas”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XV, (45-50). Universidad de Valladolid, pp. 145-154.
- MOLINERO PÉREZ, A. (1948): *La necrópolis visigoda de Duratón (Segovia)*. *Excavaciones del Plan Nacional de 1942 y 1943*. Acta Arqueológica Hispánica, 4. Madrid
- (1949): “La necrópolis visigoda de Duratón (Segovia). Materiales de tipo bizantino.” *Congreso Arqueológico del Sudeste Español*, IV. (Elche, 1948), pp. 495-505.
- (1952): “Una nueva necrópolis visigoda en la provincia de Segovia: Madrona”. *Archivo Español de Arqueología*, 25, pp. 191-193.
- (1953): “Ventosilla y Tejadilla (Segovia)”. *Noticario Arqueológico Hispánico*, II, pp. 156-166.
- (1953): “Sebulcor (Segovia). San Miguel de Noguera”. *Noticario Arqueológico Hispánico*, T. II, pp. 168-173.
- (1969): “Guarniciones de carteras en sepulcros visigodos segovianos”. *Congreso Nacional de Arqueología*, X, Mahón, 1967. Zaragoza, pp. 463-475.
- (1971): *Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia*. Excavaciones Arqueológicas en España, 72.
- NAUE, J. (1900): “Bronzegürtelschnallen der Völkerwanderungszeit aus Spanien”, *Prähistorische Blätter*, Bd. XII, No. 6, 1900, pp. 81-88.
- OLMO ENCISO, L. (1991): “Ideología y Arqueología: los estudios sobre el período visigodo en la primera mitad del siglo XX.” *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (Siglos XVIII-XX)*, pp. 157-161.
- ORLANDIS, J. (1987): *Época visigoda (409-711)* (Vol. 4). Editorial Gredos, Madrid.
- (1988) *Historia del Reino Visigodo Español*. Ediciones Rialp, Madrid.
- PALOL SALELLAS, P. DE (1950a): “Fíbulas y broches de cinturón de la época visigoda en Cataluña”. *Archivo Español de Arqueología*, XXIII, pp. 73-98.
- (1950b): “Romanocristianos y visigodos. (Ensayo de síntesis históricoarqueológica)”. *Ampurias*, XII. Barcelona, pp. 239-241.
- (1951): “Nuevos bronce visigodos en el Sur de Francia”. *Congreso Arqueológico del Sudeste Español*, VI, Alcoy 1950, Cartagena 1951, pp. 248-256.

- (1956): “Esencia del arte hispánico de época visigoda; romanismo y germanismo”. *Settimane di Studio del Centro Italiano sull'alto Medioevo*, t. II, Spoleto. I Goti in Occidente. Problemi. (29 marzo - 5 aprile 1955), pp. 65-126.
- (1966): “Demografía y arqueología hispánicas de los siglos IV al VIII. Ensayo de Cartografía”. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 32, pp. 5-67.
- (1977): “Romanos en la Meseta: el Bajo Imperio y la aristocracia agrícola”. *Symposium de Arqueología Romana, Barcelona 1977*, pp. 299-301.
- PAMPLIEGA, J. (1998): *Los germanos en España*. Ed. Eunsa. Pamplona.
- PÉREZ RIOJA, J. A. (1983): “Apuntes bio-bibliográficos sobre Narciso Sentenach y Cabañas: (1853-1925)”. *Homenaje al Prof. Martín Almagro Bach*, IV, pp. 393-400.
- PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F. (1996): “La cultura de Tchernjahov, la diáspora gótica y el peine de cacabelos”. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LXII, pp. 173-184.
- (1997): “Elementos de tipo bárbaro oriental y danubiano de época bajoimperial en Hispania. *Congreso Internacional: La Hispania de Teodosio*, Vol. 2. 1997, pp. 629-649.
- PÉREZ VILLANUEVA, J., TOVAR, A. y SUPIOT, J. (1932-1933a): “Una necrópoli visigoda” *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, n.º 1, Fasc. 1, pp. 43-44.
- (1932-1933b): “Avance al estudio sobre la necrópolis de Piña de Esqueva”. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, n.º 1, Fasc. 3, pp. 253-267.
- (1933-1934): “La necrópolis visigoda de Piña de Esqueva. Segunda campaña de excavaciones”. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, n.º 2, Fasc. 3, pp. 402-416.
- PÉREZ VILLANUEVA, J. (1933-1934): “Nuestras excavaciones en Piña de Esqueva” *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*: Tomo 2, 2, p. 244.
- PINAR GIL, J. (2012): *Accesorios de indumentaria del regnum visigodo temprano (siglos V-VI)*. Universidad de Bolonia. Tesis Doctoral.
- QUIRÓS CASTILLO, J. A. (2011): “Trends and thoughts on the archaeology of Germanic cemeteries”. *Arqueología y Territorio Medieval*, 18, pp. 9-14.
- QUIRÓS CASTILLO, J. A. y VIGIL ESCALERA GUIRADO, A. (2011): “Dove sono i visigoti? Cimitieri e villaggi nella Spagna settentrionale nei secoli VI e VII” en C. EBANISTA y M. ROTILI (Eds.) *Archeologia e storia delle migrazioni: Europa, Italia, Mediterraneo fra tarda età romana e alto medioevo*. Atti del Convegno internazionale di studi, Cimitile-Santa Maria Capua Vetere, 17-18 giugno 2010. Cimitile: Tavolario Edizioni, pp. 219-241.
- RADA Y DELGADO, J. DE D. (1872): “Basílica de San Juan Bautista fundada por Recesvinto, que se conserva en la villa de Baños Cerrato o de río Pisuerga, provincia de Palencia”. *Museo Español de Antigüedades*, I, Madrid, I, pp. 561-571.
- RAMÍREZ GOICOECHEA, E. (2007): *Etnicidad, identidad y migraciones*. Ed. Universitaria Ramón Areces. Madrid.
- REDONDO CANTERA, M.^a J. (2015): “El joven estudiante Antonio Tovar en la Universidad de Valladolid y su interés por el Arte y la Arqueología”. En La Hoz, L. y Pérez Hernández, M. (eds.): *Lienzos del recuerdo. Estudios en homenaje a José M.^a Martínez Frías*. Biblioteca del Arte, 28, pp. 525-535.
- REINHART, W. (1945a): “Nuevas aportaciones a la numismática visigoda”. *Archivo Español de Arqueología*, XVIII, pp. 212-234.
- (1945b): “Sobre el asentamiento de los visigodos en la Península”. *Archivo Español de Arqueología*, t. 18, n.º 60, pp. 124-139.

- (1945c): “El rey Leovigildo, unificador nacional”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XI: 97-107.
- (1947a): “Sobre numismática visigoda”. *Archivo Español de Arqueología*, 20, 68, pp. 124-129.
- (1947b): “Los anillos hispanovisigodos”. *Archivo Español de Arqueología*, 20, 68, pp. 167-179.
- (1952a): “Los yelmos visigodos”. *Archivo Español de Arqueología*, 25, 68, pp. 122-124.
- (1952b): “La necrópolis de Duratón”. *Archivo Español de Arqueología*, 25, pp. 193-5.
- RIPOLL LÓPEZ, G. (1985): “La necrópolis visigoda de El Carpio de Tajo (Toledo)”. *Excavaciones Arqueológicas en España*, 142.
- (1987): “Reflexiones sobre arqueología funeraria artesanos y producción artística de la Hispania visigoda”. *Corso di cultura sull'Arte Ravennate e Bizantina*. XXXIV, pp. 343-373.
- (1991): *La ocupación visigoda en época romana a través de sus necrópolis (Hispania)*. Barcelona. Publicacions Universitat de Barcelona. Col·lecció de tesis doctorals microfíxades, 912.
- (1993-1994): “La necrópolis visigoda de El Carpio de Tajo. Una nueva lectura a partir de la topografía y los adornos personales”. *Bulleti de la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de San't Jordi*, 7-8, pp. 187-250.
- RIVIÈRE GÓMEZ, A. (1992): *Historia, historiadores e historiografía en la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid (1843-1868)*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Geografía e Historia. Departamento de Historia Contemporánea.
- ROCHA, A. DOS S. (1908): “Necrópole wisigothica do Serro do Algarve”. *Boletim da Sociedade Archeologica Santos Rocha*, Tomo I, 8. Figueira da Foz, pp. 221-225.
- ROMERO DE TORRES, E. (1909): Córdoba. Nuevas antigüedades romanas y visigóticas *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. 55, pp. 487-497.
- RUIZ ZAPATERO, G. (2009): “Etnicidad protohistórica y arqueología: límites y posibilidades”. En SASTRE PRATS, I. (coord.) *Arqueología Espacial: Identidades*. Homenaje a M.^a Dolores Fernández-Posse, Teruel, pp. 13-27.
- (2010): “Arqueología del proceso de etnogénesis en la meseta prerromana: los vacceos”. En Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. (Eds.) *De la región Vaccea a la arqueología vaccea*. Vaccea Monografías, 4, pp. 37-63.
- SÁNCHEZ LÓPEZ, L. A. (1990): “La Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria (1921-1951)”. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 1990, XLV, pp. 61-87.
- SASSE, B. (2000) *Westgotische Gräberfelder auf der iberischen Halbinsel am Beispiel der Funde aus El Carpio de Tajo*. Madrider Beiträge, 26. Mainz.
- SCHLUNK, H. (1947): “Arte Visigodo”. En *Ars Hispaniae*, vol II. Madrid, pp. 227-323.
- SENTENACH, N. (1909): “Bosquejo histórico sobre la orfebrería española”. *Revista de Archivos Bibliotecas y Museos*, 3, 18, pp. 225-242.
- SIMÓN NIETO, F. (1904): *Breve noticia de la basílica visigoda de San Juan Bautista en Baños de Cerrato (Palencia)*. En *Actas del II Congreso Internazionale di Archeologia Cristiana*. Rodríguez, Tomás (O.S.A.) Palencia. Imp. y Lib. de Abundio Z. Menéndez.
- SOLANO, M. C. y FITA Y COLOME, F. (1900): *Arqueología romana y visigótica de Extremadura; discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del excmo. Señor D. Mariano Carlos Solano Gabvez de San Pelayo y Villalpando, marqués de Monsalud; el día 3 de junio de 1900*. Madrid, Estab. tip de Fortanet.
- SUPIOT, J. (1933-1934a): “Papeletas sobre orfebrería bárbara: hebillas de cinturón visigodas”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, n.º 2, Fasc. 1, pp. 43-59.

- (1933-1934b): “Papeletas sobre orfebrería bárbara: II.- Hebillas de cinturón visigodas”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, n.º 2, Fasc. 2, pp. 191-200.
- (1934-1935): “Papeletas sobre orfebrería bárbara: III.- Hebillas de cinturón visigodas”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, n.º 2, Fasc. 2, pp. 359-372.
- (1935-1936): “Papeletas de orfebrería visigoda: fibulas visigodas”. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, n.º 4, Fasc. 1, pp. 97-115.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1926): “Excavaciones en diversos lugares de la provincia de Soria. Memoria de los resultados obtenidos en el año 1924”. *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 75. Madrid.
- (1927): “Excavaciones en la provincia de Soria y Logroño. Memoria de las excavaciones practicadas en 1925-6”. *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 86. Madrid.
- (1929): “Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño. Memoria de las excavaciones practicadas en 1928”. *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 103. Madrid.
- (1932): “Excavaciones en la provincia de Soria”. *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 119. Madrid.
- (1934): “Las tumbas visigodas en España”. *Revista de Occidente*, n.º 134, Octubre, pp. 107-112.
- (1935): “Un ajuar de herramientas visigodas”. *Memorias y Actas de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria*, 13, pp. 281-285.
- (1941): *Carta Arqueológica de España. Soria*. C.S.I.C. Madrid.
- TEJERIZO GARCÍA, C. (2011): “Ethnicity in early middle age cemeteries. The case of the “visigothic” burials.” *Arqueología y Territorio Medieval*, 18, pp. 29-43.
- (2012a): “Más allá de la etnia. Arqueología funeraria en la Meseta (ss. V-VIII)”. *Actas del II Congreso de Arqueología de Chamartín de la Sierra*. La Ergástula, pp. 37-49.
- (2012b): “Identidad nacional y arqueología en el primer franquismo: Julio Martínez Santa-Olalla y la arqueología de época visigoda.” En Aldea Celada, J. M.ª: *Historia, identidad y alteridad. Actas del III Congreso Interdisciplinar de Jóvenes Historiadores. Colección Temas y Perspectivas de la Historia*, núm. 2, pp. 479-502.
- (2016): “Arqueología y nacionalismo en (el) movimiento: Apuntes sobre la arqueología de época visigoda durante el segundo Franquismo”. *ArqueoWeb*, 17, pp. 144-162.
- (e. p.): “Nazis, visigodos y Franco: La arqueología visigoda durante el primer franquismo”. En MORENO MARTÍN, F. J. (Ed.) *El franquismo y la apropiación del pasado*. Fundación Pablo Iglesias. Madrid.
- THOMPSON, E. A. (1969): *Los Godos en España*. Alianza Editorial. Madrid. Tercera reimpresión 1990.
- TORRES, M. y PRIETO BANCES, R. (1940): “Instituciones económicas, sociales y político-administrativas de la península Hispánica durante los siglos V, VI y VII”. En Menéndez Pidal, R. (dir.) *Historia de España. T. III. España Visigoda (414-711 de J. C.)*. Espasa Calpe, pp. 143-327.
- VALVERDE PERALES, F. (1902): “Antigüedades romanas y visigóticas de Baena”. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 40, pp. 513-516.
- VIGIL ESCALERA GUIRADO, A. (2015): *Los primeros paisajes altomedievales en el interior de Hispania. Registros campesinos del siglo quinto d.C.* Documentos de Arqueología Medieval, 7. Universidad del País Vasco.
- VERA RAMOS, C. (2009): “Julio Martínez Santa Olalla y el nacionalsocialismo: un oscuro y controvertido aspecto del primer excavador científico de Carteia”. *Almoraima*, 39, pp. 489-504.

- WERNER, J. (1946): "Las excavaciones del Seminario de Hª Primitiva del Hombre en 1941, en el cementerio visigodo de Castiltierra (Segovia)". *Cuadernos de Historia Primitiva*, II, pp. 46-50.
- (1948) "Hallazgos de origen bizantino en España". *Cuadernos de Historia Primitiva del Hombre*, III, pp. 105-112.
- ZEISS, H. (1933a): "La cronología de los ajuares funerarios visigodos en España". *Investigación y Progreso*, VII, pp. 275-277.
- (1933b): "Die Datierung der westgotischen Grabfunde aus Spanien". *Forschungen und Fortschritte*, 9. Berlín, pp. 1-2.
- (1934): *Die grabfunde aus dem spanischen Westgotenreich*. Berlín y Leipzig.
- (1936): "Los elementos de las artes industriales visigodas". *Anuario de Prehistoria Madrileña*, IV-V-VI, 1933-1935, pp. 141-163.